



Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: Pasión de multitudes : una lectura de la relación entre el fútbol y el peronismo desde el cine (1946-1955)

Autores (en el caso de tesistas y directores):

Daniela Cavassa

Leandro Ortiz, Tutor

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2020

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR



Lic. en Ciencias de la Comunicación
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires



Pasión de multitudes

**Una lectura de la relación entre el fútbol y el
peronismo desde el cine (1946-1955)**

Daniela Cavassa
Tutor: Leandro Ortiz
2019

Índice

Introducción	3
• La cuestión de la representación (y otros conceptos)	4
• Sobre la metodología	7
• Contexto: algunas justificaciones	8
Capítulo 1 - El cuerpo	13
• El cuerpo del ídolo	13
• El cuerpo del hincha	16
• La corporalidad del peronismo	19
• Cuerpos deportivos y peronistas	20
• Cuerpos populares	23
Capítulo 2 – Lealtad e identidad	25
• Causa común	27
• La identificación a través del fútbol	30
• En el barrio, la identidad peronista	31
• Sobre el ritual barrial	32
• El sentimiento de comunidad	33
• El dilema de la oposición: ser o no ser	34
• Patria/Perón o muerte	35
Capítulo 3 – Ascenso social	38
• Condiciones de producción peronistas	38
• El ídolo como aspiracional	39
• La promesa	40
• Plebeyismo y ciudadanía	41
• El pibe es pobre	43
• Moral peronista: el valor del sacrificio	45
• El potrero del mundo	47
Conclusiones	49
• El eje corporal	49
• La lealtad y la identidad	50
• Nueva ciudadanía	51
• Comentarios finales	52
Bibliografía	53

Introducción

*Y yo me quedo con esa melancolía
irremediable que todos sentimos después
del amor y al fin del partido.
(Eduardo Galeano)*

El fútbol es indudablemente uno de los elementos constitutivos del surgimiento, desarrollo y afianzamiento de la cultura popular nacional durante el siglo XX; y por qué no de nuestra propia identidad. Porque, si bien en un principio era practicado sólo entre las elites de ascendencia inglesa, Frydenberg explica que la popularización del fútbol se alineó, con el tiempo, a la formación de la ciudad moderna y, obviamente, a la de los propios sectores populares y su cultura (1999).

Si hay una característica que pasó a definir al fútbol en nuestro país – incluso hasta el día de hoy – es la pasión con la que los argentinos y argentinas lo vivimos: como una causa personalísima, de vida o muerte. No sorprende entonces que el peronismo, fenómeno social y simbólico nacido un poco de esa naturaleza pasional y exuberante de nuestra nación, genere una emoción parecida.

Es por eso que este trabajo apunta a analizar esa relación particular entre el peronismo y el fútbol, indagando sobre las representaciones sociales y mediáticas de este último en el marco las dos primeras presidencias del General Juan Domingo Perón entre 1946 y 1955, periodo que concluyó con la consolidación de una cultura propia de la clase trabajadora y popular. En el análisis reconoceremos tres ejes articuladores clave: el cuerpo, la lealtad y la promesa de ascenso social – elementos que anticipamos entrarán en conversación uno con otro de forma permanente, contribuyendo así al proceso de construcción de una identidad nacional y peronista.

Para entender mejor las formas en que esos tres conceptos organizadores se manifestaron durante ese período, combinaremos el análisis de tipo exploratorio con una revisión cultural – seleccionando algunas películas destacadas de esos años que tienen a la temática futbolística como centro argumental. Dada la relevancia de la cinematografía, concebida en ese entonces como una herramienta central para la estrategia comunicacional del gobierno y la promoción de sus objetivos, entendemos que el cine constituye una fuente de primer orden para identificar representaciones socialmente dominantes acerca del fútbol durante el peronismo.

Reconoceremos en estas películas las figuras cardinales del hinchista y el ídolo, las cuales de alguna manera organizan la mayoría de las representaciones y desgranar la relación del pueblo con las políticas estatales y su capacidad de

interpelación. Pero esas figuras son a su vez atravesadas por otras narrativas sociales que fueron fundamentales para el discurso de la época como el barrio, el potrero o la construcción social y cultural desde lo plebeyo. Las posibilidades de realización simbolizadas por el fútbol dieron lugar a ídolos cuasi dioses, ejemplos de liderazgo físico y moral y referentes de valores propios del pueblo. Por otro lado, el sentimiento de identificación – tanto geográfica como social – y el compromiso emotivo propio del fútbol en la Argentina supieron forjar el perfil de un hincha y de una hinchada, quienes más que seguir a un equipo, hacen una elección de vida.

Un objetivo complementario de este trabajo, necesario para analizar la articulación entre peronismo y fútbol desde una perspectiva comunicacional, tiene que ver con problematizar la noción de cultura popular en su dimensión histórica. Por eso, antes de avanzar con el análisis cultural propiamente dicho nos enfocaremos una revisión socio-política del período que va de 1946 a 1955 en pos de comprender los mecanismos de constitución de identidades propios de la época y articular la cuestión política y social con la dinámica comunicacional.

En relación a este punto podemos arriesgar una hipótesis anticipada, apuntando a corroborarla durante el análisis – y es que la articulación entre deporte y cultura durante el peronismo cumplió una función mucho más compleja que la de simplemente apoyar la propaganda partidista. En cambio, se apoyó directamente sobre ciertas representaciones para dar forma a un escenario único en la historia que puso en conversación al sujeto individual con el entorno social de una manera muy particular, tanto en términos de identidad como de desarrollo y movilidad.

La cuestión de la representación (y otros conceptos)

Para indagar en los elementos constitutivos de dicho proceso, se realizará un análisis del discurso y de tipo cultural sobre determinadas representaciones sociales y mediáticas – que a la vez son históricas – y su particular construcción de sentido. Al priorizar representaciones del tipo social, nos alejamos de otros tipos de acepciones. Retomaremos entonces la definición de Moscovici, que describe a las representaciones como un “conjunto de conceptos, declaraciones y explicaciones originadas en la vida cotidiana, en el curso de la comunicaciones interindividuales” (1981), y la de María Graciela Rodríguez, quien las entiende como los modos en que una verdad se hace creíble para una sociedad, retomando a su vez a De Certeau y su particular definición de las representaciones como una convención (1995).

Para la autora será necesario considerar la particularidad de la representación de lo popular, que implica, además, un gesto de violencia simbólica

que proviene de la imposibilidad de lo popular de nombrarse a sí mismo. “Las representaciones se nos ofrecen a la cultura como la síntesis obligada de un discurso que contiene a otro (...) como una particular construcción de sentido”, afirma (2003: 3), basándose en la doble hipótesis de Verón según la cual toda producción de sentido es social y todo fenómeno social es en alguna de sus dimensiones constitutivas un proceso de producción de sentido (1993). Pero con intentar desentramar los mecanismos por los cuales estas representaciones ingresan y circulan por el imaginario social – tal como indica Rodríguez – no basta, ya que es fundamental reconocer, en términos de Eco, el contrato social que las sostiene más allá de su mera circulación.

El modelo de representaciones mencionado permite la transición hacia el concepto de representación mediática, la cual según Calonge Cole se construye gracias a “los dos procesos formadores de la representación social: la objetivación y el anclaje” (2005: 82). Para este trabajo nos vamos a enfocar en representaciones de tipo cinematográficas (Alabarces, 2008; Laguarda, 2006; Camino, 2007; Demarchi 2008; Giorgio y Mollo, 2009), y, más específicamente, en aquellas presentes en nuestro cine nacional (Kriger, 2009; Blanca y Salvochea, 2009; Tagliaferri y Lorea, 2013). En cuanto a los aspectos técnicos, retomaremos las reflexiones de Chion acerca de la audiovisión (1993) y algunas definiciones básicas del lenguaje cinematográfico.

Calonge Cole plantea también que la representación social y mediática tiene por propiedad fundamental la de ser histórica (2005), lo que nos obliga a considerar ineludiblemente para nuestro análisis la interpretación y contextualización de esas representaciones, tal como proponen Rueda Laffond y Chicharro Merayo (2004), Sibaja (2017) y Rein (2015) – los dos últimos abocados particularmente al estudio del peronismo.

Por otro lado, observamos al fútbol como “lugar en torno del cual se construyen identidades e imaginarios, como una arena dramática casi sin equivalentes, como espacio ritual de masas por excelencia en la Argentina del presente” (Alabarces, 2008: 18). Sobre esta base, el análisis buscará confirmar a Archetti al plantear que el fútbol aparece como una “arena pública” en la que se desarrollan los dramas de la sociedad y es, en tanto, un vehículo de su cultura (1984).

Para el análisis de narrativas clave del discurso peronista como la promesa de ascenso social o la construcción de la lealtad, tomaremos en cuenta la noción de identidad de Hall como punto de encuentro entre los discursos y las prácticas que nos interpelan (1996). También consideraremos la propuesta de Villena Fiengo,

quien sostiene que la trama alrededor de las identidades nacionales puede considerarse “un proceso de elaboración, difusión y adquisición de estereotipos sociales (...) que deben ser capaces de representar, y a la vez de motivar, la adherencia comunitaria de los individuos” (2000: 152).

En un análisis más vasto de relatos vinculados al fútbol, podemos mencionar nuevamente la cuestión de identidad (Hall, 1996; Gil, 2002; Rodríguez, 2003), la metáfora del ascenso social (Archetti, 1984; Salerno, 2006; Galvani y Palma, 2006) y el patriotismo (Rodríguez, 1996; Villena Fiengo, 2000; Alabarces, 2008), entre otros.

Al momento de dedicarnos al reconocimiento de representaciones cinematográficas, consideraremos a dichas películas tal como las define Kriger: en su carácter de articuladoras de las prácticas comunicativas con los movimientos sociales (2009). Y es que dichos relatos adquieren pleno sentido en esos contextos y son producidos en determinadas y específicas condiciones de producción, tanto económicas como políticas y culturales (Alabarces, 2008). Laguarda ve al cine como un productor de imágenes, representaciones, significados e ideologías (...) como un terreno óptimo para el rastreo del modo en que se han construido las subjetividades (2006). En la misma línea, para Kriger es posible ver al cine – y especialmente al cine del peronismo – como “un espacio de mediaciones en donde los procesos económicos, sociales y políticos dejan de ser exteriores a los procesos simbólicos y donde estos últimos constituyen el sentido social y no sólo lo expresan” (2009: 208). En su investigación acerca de la cultura popular argentina durante el siglo XX y el rol social del fútbol durante esos años, Sibaja afirma que en las películas de la época resuenan elementos discursivos del peronismo, aún que cuando el cine de la época era más bien apolítico en su naturaleza (2017). Si lo pensamos desde el punto de vista técnico, Metz propone el concepto de verosímil social (en oposición al verosímil de género), el cual se configura en un diálogo con los discursos sociales y culturales de un momento dado (1970). Nos alinearemos entonces con estas posturas en su objetivo por profundizar tanto en el análisis histórico-institucional de la relación del Estado con el cine como en el estudio textual de las películas en sí mismas.

Aquí podemos también citar a Zavala y su estudio sobre la diversidad metodológica del análisis cinematográfico (2010), quien propone una distinción entre el análisis interpretativo – que busca “precisar la naturaleza estética y semiótica” de una película – y el análisis instrumental, propio de las ciencias sociales, que apunta a “determinar la efectividad, la utilidad o el valor de la película, considerando al cine como un instrumento para la comunicación”. En este sentido, la compilación de artículos enfocados en la problemática general de la representación de las masas, dirigida por Mestman y Varela en 2013, nos será también de gran utilidad.

Particularmente, la relación entre el peronismo y el fútbol ha sido visitada en numerosas ocasiones e interrogada desde diversas perspectivas. Alabarces mismo analiza ese binomio desde el tamiz de la nacionalidad y la construcción de la patria argentina. Rein estudia al peronismo con ojos de historiador, fascinado por su dimensión populista representada tan cabalmente en el relato futbolístico. Archetti, como ya dijimos, propone un abordaje antropológico del fútbol y su relación con la sociedad argentina y latinoamericana. En este trabajo intentaremos recorrer un camino distinto, encarando este intrincado vínculo desde el reconocimiento de algunos ejes estructurantes (el cuerpo, la lealtad y la promesa de ascenso social) que entendemos contribuyen tanto a la identificación de atributos específicos de esta relación como a identificar estrategias de comunicación y de construcción de cultura de la época.

Sobre la metodología

Por tratarse este trabajo esencialmente de indagación alrededor de representaciones de nuestra cultura deberemos llevar a cabo un análisis cultural, entendiéndolo desde la definición de Alabarces como un juego continuo de interpretaciones a partir de las huellas en los discursos (2008) – un juego que complementa el análisis meramente textual. Buscar marcas en nuestra cultura popular nacional requiere, dirá el autor, de una ciencia interpretativa que reconozca esas significaciones. A su vez, si tomamos al peronismo como fenómeno discursivo en sí mismo, será pertinente retomar a Verón y Sigal y su búsqueda de la configuración compleja de condiciones que determinan el funcionamiento de un sistema de relaciones sociales en una situación dada: las condiciones de producción del sentido (2014).

Mediante el reconocimiento de ciertos ejes conceptuales clave que organizan la construcción de la narrativa peronista dominante, intentaremos entender cómo la misma se hizo creíble para la sociedad en ese momento. Una indagación de tipo semiótica (Verón, 1993) – identificando las condiciones de producción y reconocimiento de dicho relato – podrá, quizás, ayudar a comprender ese *cómo*.

Una vez establecidos entonces ciertos criterios metodológicos, definimos un corpus de análisis seleccionando algunas de las principales películas creadas entre los años 1946-55 que proponen al fútbol como eje central de su argumento: *Pelota de Trapo* (1948); *Escuela de Campeones* (1950); *El Hinchista* (1951); *El Hijo del Crack* (1953) y *El Cura Lorenzo* (1954). Trabajaremos sobre los mismos desde una modalidad descriptiva-analítica, identificando líneas temáticas que permitan

establecer puntos en común y tópicos centrales, articulando tanto aspectos de los contenidos como formales o técnicos.

Contexto: algunas justificaciones

Este apartado se dedicará a recorrer aquellos criterios que dan cuenta de los elementos constitutivos del contexto de análisis establecido para este trabajo; criterios que creemos fundamental dejar en claro a fin de evidenciar la pertinencia de la investigación. Se trata de preguntas esenciales que definen y enmarcan esta tesis y su razón de ser. ¿Por qué estudiar al peronismo y su particular estilo discursivo? ¿Por qué en el marco del deporte, y más específicamente del fútbol? ¿Qué tiene para decirnos dicha articulación?

Como afirma Rein, el deporte en general, y el fútbol en particular son preponderantes en la tradición argentina y analizarlos usualmente sirve para entender algunos procesos de la sociedad civil y la redefinición de la relaciones entre el Estado y la sociedad (2015: S/P). Gracias a una clara política orientada a garantizar los éxitos deportivos (Archetti, 2001), podríamos decir que durante el peronismo floreció la llamada edad de oro del deporte argentino. Se pueden mencionar triunfos notables como el del Mundial de Básquet de 1950, el campeonato mundial de boxeo de Pascual Pérez (quien solía dedicar sus victorias “a la Patria y a Perón”) y la figura paradigmática de Gatica. “Perón le daría todo al deporte y el deporte le daría todo a Perón”, sintetizó Félix Daniel Frascara en *El Gráfico* (citado por Fernández Moores, 2010: 143), publicación particularmente favorable a celebrar las políticas de fomento del deporte por parte del gobierno. Pero el verdadero ídolo deportivo del peronismo fue Juan Manuel Fangio, campeón del mundo de Fórmula 1, cuyo liderazgo excedió el campo del deporte y cuyos triunfos se nacionalizaron por completo. Fangio fue el símbolo de una nación, de la Nueva Argentina. Según cita Mauri, Dante Panzeri – uno de los más destacados y controversiales periodistas de la época – estaba convencido de que “todas las tiranías modernas necesitan del deporte como recurso de conscripción de adeptos; como opio de los pueblos. Y esta no fue la excepción: [Perón] usó al deportista, resquebrajó primero su moral y enlodó su mano después con el poder de las tentaciones materiales” (2017: S/P). Panzeri incluso se animó a poner en duda el peronismo de Fangio, cuya única regla de vida – según el autor – era “una cerrada lealtad para consigo mismo” (1974: S/P).

En acuerdo con Quiroga y su definición del deporte como un elemento esencial del sistema educativo (2000), Perón dijo en 1949: “la verdadera utilidad del

deporte está en su práctica; sin embargo, el espectáculo también es necesario porque educa, forma ambiente y estimula”. Si bien el fútbol no fue particularmente exitoso a nivel internacional durante esos años, la evolución puertas adentro fue innegable, operando como un aglutinante ineludible: a nivel profesional, surgían grandes jugadores y los estadios se llenaban cada domingo, batiendo récords de venta de entradas no superados sino hasta muchos años después; en los barrios, los potreros y los picados se transformaban en moneda corriente, consolidando la pasión futbolera generación tras generación. *Pelota de Trapo*, *El Hincha* y *El Hijo del Crack* son claros reflejos de época en relación a este fenómeno ya que las tres películas postulan al fútbol y a los valores morales asociados al mismo como rasgos ideológicos intrínsecos al pueblo argentino y peronista.

La mediatización de la interacción comunicativa no implica, necesariamente, una mercantilización del deporte como tal. Si bien existió una clara política estatal por parte del peronismo dirigida a masificar el espectáculo deportivo y publicitar los logros obtenidos, las implicancias mercantiles en el mundo del fútbol permanecían en ese momento todavía alejadas de los espectadores y más bien concentradas en el estrato dirigente y los acuerdos por pases y contratos. La frase “a pesar de la mercantilización, el fútbol se empeña en no prescindir del componente lúdico” (Alabarces, 1996: 189) parece no perder vigencia. Ese es el tipo de deporte que promovía el peronismo: un deporte que es juego, que es entretenimiento y, fundamentalmente, que es político sin mostrarse como tal¹. Siguiendo la premisa de que las políticas de lo popular deben atender a las prácticas donde la politización es posible (Alabarces, 2001), Conde describe la conformación de un gran mercado de consumos masivos durante el peronismo que abarca tanto la expansión de los medios de comunicación, ya sea escritos o audiovisuales, como prácticas identificadas como originarias de la cultura plebeya y, poco a poco, adoptadas por la sociedad en su conjunto. La concurrencia masiva a los estadios de fútbol, por ejemplo, tiene su explicación en ciertas condiciones generadas por el gobierno peronista en pos de garantizar al pueblo más tiempo libre que propicie una mayor tendencia hacia el consumo, tanto material como simbólico. De esa manera, se legitimó el espacio de escape o fuga de lo que podría considerarse económico-productivo. “Ese actor, nos dice el discurso de los medios, no es importante, sin embargo, como consumidor sino como sujeto político” (Conde, 2005: 24). El deporte,

¹ Sin ir más lejos, *El Hincha* fue escrita y protagonizada por Enrique S. Discépolo, un destacado y asumido intelectual peronista; sin embargo, llama la atención que en la película se ausentan las referencias gruesas sobre el tema.

a diferencia de los embajadores tradicionales, representa al pueblo de la mejor manera porque le da alegrías y lo llena de orgullo.

Incluimos también *Escuela de Campeones* y *El Cura Lorenzo* dentro del corpus a analizar porque ilustran claramente estos objetivos. Aunque situadas temporalmente casi medio siglo antes de la llegada de Perón a la presidencia, ambas películas se realizaron y estrenaron en pleno gobierno peronista y responden a la premisa de aprovechamiento del cine como promotor ideológico, instalando el debate acerca de la utilización pedagógica del deporte como herramienta de adoctrinamiento y creación de una conciencia colectiva. A través de sus espacios de difusión en la publicación Mundo Deportivo, por ejemplo, el gobierno afirmaba que en la Nueva Argentina, la práctica del deporte por la juventud es un sueño cumplido de grandes realidades, donde los hombres aprenden a ser ejemplo de virtudes.

Alejandro Watson Hutton es un joven docente, rebelde y obstinado, que llega a la Argentina con ideas revolucionarias como enseñar fútbol a los niños y, a través de ello, inculcar valores positivos como el juego limpio, el coraje y la lealtad. Aunque resistido al comienzo, el escocés logra cierto consenso y consigue fundar su propio colegio, imponiendo sus propias técnicas de enseñanza basadas en la premisa de que la pedagogía moderna contempla tanto la alegría de los niños como su inteligencia y trabaja en sus cuerpos al igual que en sus valores. Las críticas que recibe su propuesta, tales como *“no vamos a permitir esta pedagogía que pone en peligro la integridad moral y física de nuestros niños”* o *“los argentinos no nos adaptaremos nunca a esta costumbre brutal”* (como se lee en la tapa del diario El Tiempo), bien pueden interpretarse como los ataques reales que sucedieron al ya mencionado proceso de plebeyización que promovió el peronismo. Sin embargo, en la misma película se resuelve el conflicto (como manifestación de un deseo de la vida real, quizás) cuando los directivos del periódico finalmente inauguran una sección dedicada a la cobertura de noticias vinculadas al fútbol alegando que ya no servía resistirse porque se estaba transformando en el deporte más popular del país.

El Cura Lorenzo recrea la historia real del sacerdote Lorenzo Massa, quien inspiró la creación del club San Lorenzo de Almagro en 1908. El padre Lorenzo es un cura joven y esperanzado que es asignado a una zona marginal de Buenos Aires, donde al llegar se encuentra con un contexto completamente hostil y, lo que para él es más importante aún, un grupo de niños totalmente desprotegido y a la deriva. En este marco, el párroco intenta captar el interés de esos chicos, primero prometiéndoles una merienda y luego dándoles a conocer un nuevo deporte, el fútbol, e incluso comprándoles una pelota y camisetas, estrategia que finalmente

será exitosa y logrará alejar a los niños de la calle, dando forma a una sólida identidad y sentimiento de comunidad.

En 2013 la Fundación Cinemateca Argentina y la empresa Cinecolor hicieron público un fragmento restaurado de la película con motivo de la consagración de San Lorenzo como nuevo campeón del fútbol argentino, alegando que *“las nuevas tecnologías digitales permiten presentar este clásico del cine argentino a las nuevas generaciones, que podrán conocer la historia de un barrio, de un club y de una identidad”*. En este ejemplo se reconoce una manera distinta de emplear al fútbol como herramienta pedagógica, logrando con el correr del tiempo generar cambios en los chicos, mejorar su actitud y su compromiso. La necesidad de contar con una institución formal que los respalde para poder jugar partidos con equipos de colegios de la zona lo lleva al padre Lorenzo a también fundar su propia escuela, incorporando así un eje temático clave para el peronismo en términos de posibilidades de acceso para las clases más humildes.

En su reciente publicación sobre cine deportivo, Bauso propone una premisa fundamental: el deporte es una hipérbole anclada en lo real. La estrategia comunicacional del peronismo apeló al recurso emocional para generar identificación por parte de las masas. El mismo recurso que generalmente utilizan las películas deportivas, las cuales “buenas o malas, sinceras o tramposas, en algún momento ejercen presión sobre nuestro esternón, se paran sobre nuestro pecho” (Bauso, 2018: 32). Y es que la épica deportiva, sostiene el autor, siempre hace su trabajo. No creemos entonces que vayamos a elaborar este trabajo simplemente en base a películas deportivas, sino en base a películas peronistas sobre el deporte y sobre la épica peronista. Intentaremos reconocer la impronta particular con que el peronismo participó del fenómeno deportivo de la época y lo imbuyó de carga social y cultural, incursionando para ello en el cine sobre fútbol aunque alejándolo de las normas estrictas del género.

Para Rein, las películas sobre fútbol de la época ayudaron a reforzar la nueva mitología populista de la Nación (2015: 23). Según el análisis de Sibaja, estas producciones eran diferentes a aquellas también referidas al fútbol pero de años anteriores ya que aquellas “carecían del tono esencialmente pedagógico con que el peronismo representó la pasión por el fútbol y las formas populares de entretenimiento, apuntando así a destacar los valores de identidad nacional y modernidad” (2017: 98). Para dicho autor, las películas de este período refuerzan valores centrales a la definición de identidad del peronismo: los héroes en estas historias son representantes de las clases trabajadoras y demuestran virtudes como la lealtad, la dedicación a la familia y el altruismo, virtudes que la oligarquía carece

(Sibaja, 2017: 101). Personajes tridimensionales en películas, en definitiva, sobre la vida, retomando a Bauso (2018).

¿Cómo ha narrado el cine una historia del deporte y la sociedad?, es la pregunta de Alabarces (2008) que retomamos en esta investigación, completándola con interrogaciones puntuales vinculadas a una época y sus prácticas y prioridades, a fin de entender mejor el proceso de circulación de construcciones de sentido específicas y su impacto en la cultura argentina del siglo XX.

Capítulo 1 – El cuerpo

"Tengo dos problemas para jugar al fútbol. Uno es la pierna izquierda. El otro es la pierna derecha" Roberto Fontanarrosa

La cuestión de la corporalidad es fundamental a la hora de pensar al fútbol y sus representaciones (y no sólo por la obviedad de tratarse de un deporte). Tanto la figura del ídolo como la del hincha giran necesariamente en torno a la metáfora – a veces incluso literal – de *poner el cuerpo*. Ya sea estando en la cancha o desde la tribuna, alentando, el atributo físico se ubica como el primer protagonista del espectáculo. Extrapolando esa premisa a otros deportes e incluso a la sociedad en general, el peronismo reconoció a ese cuerpo como un elemento estratégico para desplegar lo que Galak identificó como un “dispositivo biopolítico”, entendido no tanto desde la concepción *foucaultiana* que propone disciplinar y adecuar los cuerpos frente al poder, sino más cerca de Paula Sibilia cuando afirma que gracias a la implementación de este tipo de estrategias cobró forma una nueva figura sociopolítica y económica: el trabajador (Sibilia, 2005: 101). Ciertamente influenciada por Deleuze y su “cuerpo social”, la autora lleva esta interpretación incluso al plano privado, reconociendo el poder ejercido por las empresas sobre el cuerpo consumidor. La “educación de los cuerpos” (Galak, 2017: S/P) se constituyó entonces como uno de los objetivos centrales en el marco de las políticas populares que Perón puso en práctica durante sus mandatos y es por eso que consideraremos al eje del cuerpo como articulador clave de la relación entre peronismo y fútbol.

El cuerpo del ídolo

Archetti definió en 1995 el mito central del fútbol argentino: “es un juego creado por pibes y alimentado por sus sueños”. El Comeuñas, nacido de la pluma de Ricardo Lorenzo “Borocotó”² para sus apiladas en la revista El Gráfico, es el clásico *pibe*: de origen humilde, ya se anticipa crack desde niño destacándose por sobre el

² Borocotó, seudónimo de Ricardo Lorenzo Rodríguez, fue un periodista deportivo, escritor y guionista uruguayo, radicado en la Argentina, que se destacó por la influencia de sus opiniones sobre fútbol, en especial desde la revista El Gráfico, donde escribía una columna de gran popularidad llamada “Apiladas”, en la cual abordaba reflexiones y temas cotidianos relacionados con el deporte.

resto en el potrero del barrio por su talento y atrevimiento. Pobreza, habilidad y una pelota de trapo parecen conformar el combo perfecto, que se traduce en una imagen con rasgos específicos:

(...) un pibe de cara sucia, con una cabellera que le protestó al peine el derecho de ser rebelde; con los ojos inteligentes, revoloteadores, engañadores y persuasivos, de miradas chispeantes que suelen dar la sensación de la risa pícara que no consigue expresar esa boca de dientes pequeños, como gastados de morder el pan «de ayer». Unos remiendos unidos con poco arte servirán de pantalón. Una camiseta a rayas argentinas, demasiado decotada y con muchos agujeros hechos por los invisibles ratones del uso. Una tira atada a la cintura, cruzando el pecho a manera de banda, sirve de tirador. Las rodillas cubiertas de cascarones de lastimaduras que desinfectó el destino; descalzo, o con alpargatas cuyas roturas sobre los dedos grandes dejan entrever que se han efectuado de tanto shotear. Su actitud debe ser característica, dando la impresión de que está realizando un dribbling con la pelota de trapo. Eso sí: la pelota no puede ser otra. De trapo, y con preferencia forrada con una media vieja. Si algún día llegara a instalarse este monumento seríamos muchos los que ante él nos descubriríamos como ante un altar (Borocotó, El Gráfico N° 480, 1928: 11)

El ídolo futbolístico se destaca por su talento y se alimenta de la táctica y el aliento de la hinchada, pero la herramienta verdaderamente esencial con la que cuenta no es ni más ni menos que su propio cuerpo y se vale de él para ejercer su rol. Por definición, el *pibe* es un jugador impredecible que se asocia a un conjunto de características que delimitan la construcción de un estereotipo centrado en la corporalidad. La imagen clásica de este jugador está basada, retomando palabras de Archetti, en “la exuberancia de la habilidad, en el sentido artístico, en la aparente vulnerabilidad, en la creatividad individual, la improvisación y la viveza” (1998: 273). O podemos sino citar a Galeano y su mitología del ídolo: “sus artes malabares convocan multitudes, domingo tras domingo, de victoria en victoria, de ovación en ovación” (1995: 18). El *pibe* es pícaro, habilidoso y desafía los límites entre lo que se puede y lo que no. Vogel lo asemeja a los *malandras*, personajes cotidianos y héroes del imaginario nacional en Brasil: “Este tipo de héroe desafía a cualquier adversario, haciendo poco caso de su clase o categoría. Es cautivador y capaz de increíbles diabluras” (1993: S/P).

En algunas de las películas que analizamos reconocemos ídolos que se identifican con el estereotipo y sobresalen por su destreza y su coraje. “Suárez, más

que jugador, es un artista, debería jugar en el Teatro Colón”, se emociona el Ñato, apelando a una retórica que equipara el juego al talento artístico: “(...) los moños que hacía esta tarde”. Él lo ve como un genio de la redonda, “con inteligencia, con visión en los pies”; como una especie de mesías que llega para salvarlos – “parecía el niño Jesús (...)”, incluso arriesga en algún momento –, como el rey del fútbol. Lo mira con adoración, como si estuviera allá arriba, junto a las estrellas. Y luego de que los salva del descenso, no sólo lo adora el Ñato, sino la hinchada entera.

“Este nació con la pelota pegada a los pies”, decían del Comeuñas desde la tribuna – talento que finalmente logra trasladar del potrero del barrio a las canchas de primera división. Reconocido como un distinto desde muy chico, Eduardo Díaz crece con la convicción de que llegará a ser jugador profesional y logra cumplir su sueño a fuerza de goles y ambición. “Y un buen día la diosa del viento besa el pie del hombre, el maltratado, el despreciado pie, y de ese beso nace el ídolo de fútbol. Nace en cuna de paja y choza de lata y viene al mundo abrazado a una pelota”, describe Galeano, apelando nuevamente a los rasgos físicos y el sacrificio, pero también a la cuestión de su origen humilde y desaventajado de cara a la posibilidad de despegarse de esas condiciones y prosperar. El Comeuñas acaricia la pelota de cuero con sus manos y rostro como quien descubre por primera vez la piedra más preciosa y brillante y no puede más que admirarla; cuando logran comprarla para, por fin, “jugar en serio”, corre a mostrársela a su amigo enfermo para que experimente el mismo placer y hasta duerme abrazado a ella, como pidiéndole a la pelota que lo ayude a cumplir su tan anhelado sueño.

Como contraposición a la celebración desmedida, Galeano postula a Maradona como el *pibe* por excelencia y destaca el agobio que sentía por el peso de su propio personaje, por tener que trabajar de Dios: “el cuerpo como metáfora: le dolían las piernas, no podía dormir sin pastillas” (1995: 55). Cabe destacar, adicionalmente, que en ningún otro oficio el ocaso llega a tan corta edad como en el fútbol, donde el jugador puede ser considerado “viejo” a los 30 años. Balazo resurge de sus propias cenizas sobreponiéndose a un cuerpo enfermo, sólo por la responsabilidad de volver a ser ídolo frente a su hijo. El Comeuñas es un niño de conventillo, flaco y desalineado, que trabaja haciendo mandados para ayudar a su familia – pero con un don físico privilegiado que le permitirá construirse un buen porvenir sin tener que aprender un oficio, aunque también una enfermedad cardíaca pondrá en jaque su destino.

El sacrificio físico es parte fundamental de la vida del futbolista, carrera que demanda entrega y devoción. *El Hincha*, *El hijo del crack* y *Pelota de Trapo* muestran entrenamientos de planteles profesionales como instancias de

disciplinación de los cuerpos: ejercicios repetitivos, meticulosos y exigentes. En contraposición, *El Cura Lorenzo y Escuela de Campeones* incluyen entrenamientos más *amateurs*, aunque igual de intensos. Tal es la aceptación generalizada de dicho sacrificio que el Ñato mismo obliga a Suárez a irse a dormir temprano para concentrarse en el trabajo: las mañanas son para entrenar y ponerse a punto para el próximo partido. Ser ídolo exige estar a la altura.

En el fútbol se hace evidente la asociación del éxito con la proeza física, la cual no implica necesariamente fortaleza pero sí habilidad y destreza en la utilización del cuerpo, como es el caso del *pibe*. Otro modo de vincular la corporalidad al espíritu triunfalista del fútbol y el lugar destacado del ídolo tiene que ver con la tan mentada promesa de *dejar el alma y el corazón en la cancha*. Marito defiende fervientemente a su padre diciéndole a un compañero: “¿Vos te crees que cualquiera puede jugar? Para jugar al fútbol hay que tener un corazón grande así”, acompañado con un gesto superlativo. Tanto Balazo como el Comeuñas insisten a otros y hasta a ellos mismos con la importancia de seguir jugando y poniendo todo el esfuerzo posible, aún sabiéndose enfermos y en riesgo. El sacrificio en todo sentido es reivindicado popularmente como un rasgo de merecimiento: el ídolo debe entregarse como un todo.

Ese mismo espíritu promueve en jugadores e hinchas por igual un sentimiento de solidaridad y comunidad también asociado al “buen corazón”, tal como Balazo le dice con orgullo a su suegro cuando habla de su hijo o como se manifiesta en el apoyo de los chicos de la parroquia a Tito cuando lo llevan preso injustamente. Una forma de comunión e identidad, directamente asociada a las cualidades de pobreza, bondad y la cuestión meritocrática que definirá nuevas oportunidades de movilidad social – punto que retomaremos en un próximo apartado.

El cuerpo del hincha

Pero el cuerpo no es solo fundamental para los ídolos a la hora de vivir el fútbol, sino también para los hinchas que sienten y sufren por su equipo. La hinchada, entendida como un colectivo identitario, atraviesa desde su corporalidad masiva la experiencia futbolística. Casi todas las películas analizadas en este trabajo centran su trama en la cancha y nos presentan a la hinchada mediante una representación corporal muy particular. Vemos grandes planos generales de los estadios y las tribunas; a la salida de los partidos, las multitudes se alejan por las calles del barrio, subiendo a micros y tranvías, festejando o comentando el

resultado. Coreando, cantando, alentando. El Ñato y sus amigos van de la cancha al bar y del bar a sus casas entramados en una constante interacción de gritos y gesticulación efusiva, compartiendo impresiones y emociones del partido. Llama la atención un detalle técnico que vemos compartido en casi todos los filmes y que revela una pauta de intencionalidad muy definida: “en este cine, el recurso sistemático a los planos generales sobre-elevados de las multitudes genera el efecto perceptivo de una abstracción que anula el reconocimiento de los sujetos participantes” (Gené, 2005: S/P). En su exploración sobre las formas de representación de las masas en el cine documental argentino durante el peronismo Kriger describe la aplicación del mismo recurso con el objetivo de hacer imposible la percepción de rostros o subjetividades, dando forma a “un conjunto homogéneo y anónimo” (2013). Desgranando otros elementos técnicos, podemos ver cómo se emplean planos cortos o en detalle sólo para las jugadas (siguiendo a la pelota o las piernas de un jugador) pero prevalecen las capturas amplias y el sonido ambiente de un estadio multitudinario, colmado de gente, creando un marco general sonoro como un “fluido homogeneizador” (Chion, 1993: 44). Sin embargo, podríamos decir que al peronismo sí le preocupó dar cuenta del protagonismo de los trabajadores, sus descamisados, en la escena pública, y la promoción y exposición exacerbada del deporte como instrumento para propiciar la unidad nacional responde directamente a dicho objetivo, resultando en lo que Rein describió como la transformación del país “en un inmenso y clamoroso estadio” (2015: 22).

Hecho el primer reconocimiento colectivo, en todos los ejemplos visitados es el hincha, en singular, el verdadero protagonista de la historia – ya sea hincha de un equipo, de un ídolo o del fútbol en general. El cuerpo del hincha es distinto al del ídolo: el Ñato es flaco, desgarrado, torpe y no se destaca por ningún talento físico en particular. Pero aún así el hincha es quien “sostiene los valores del verdadero fútbol” (Conde, 2005: 26), entendiendo el sostén tanto metafórica como literalmente. El hincha vive para su equipo, es apasionado por sus colores y su ánimo corre siempre de la mano del resultado del domingo. Para el Ñato, que el club corra riesgo de descender le quita el sueño – “(...) *yo no duermo hasta la final del campeonato, yo me quedo a vivir aquí*” –, el hambre y hasta las ganas de casarse: “(...) *yo sueño con casarme, pero los colores del club le tiran a uno del alma*”, le dice a Lina, su novia, posponiéndole una vez más el casamiento. El Ñato abandona el trabajo, retrasa su boda, deja todo por ayudar a su club. Si siente dolor verdadero es por ver perder a su equipo y no por una piña recibida en una discusión. De la misma forma, Marito se siente triste y desmotivado cuando lo alejan de su padre, que es su ídolo, y se preocupa cuando al club le va mal por el bajo rendimiento de Balazo.

El hincha “*se rompe los pulmones por una ilusión*”, jugando nuevamente con una metáfora que tiene más de literal que de figurativa: cuando, por ejemplo, el ídolo necesita seguir una dieta específica, “*nos entrenamos todos*”, afirma con entusiasmo el Ñato. Se dice que la utilización de la palabra hincha para denominar al “partidario entusiasta de un equipo deportivo” es una creación uruguaya, construida a partir de un rasgo físico muy particular. “A principios del siglo XX, en el estadio El Centenario del club Nacional de Montevideo, un tal Prudencio Miguel Reyes era el inflador de los balones. Durante los partidos de su equipo el hombre gritaba entusiasmado: “¡Arriba Nacional!”. Tanto ruido hacía el hinchapelotas de bien dotados pulmones que se quedó como el “hincha” por antonomasia” (de Miguel, 2007: S/P).

El cuerpo del hincha es un cuerpo masculino, porque las mujeres aún no son parte de la tradición futbolística, al menos en esos años. Los varones juegan en el potrero, van a la cancha y son hinchas fervorosos, mientras que las mujeres observan, acompañan y los esperan en casa. En el caso de *El Hincha*, las posiciones están bien definidas: el hombre es el hincha, el que siente la pasión, y la mujer no lo entiende. La madre y la hermana del Ñato, por ejemplo, le cuestionan que abandone el trabajo y se preocupe tanto por el porvenir del Victoria: “*tienen la cabeza llena de fútbol, ¿cuándo se preocuparán por algo importante?*”, se indignan. “*Son cosas de fútbol, usted no entiende mamá*”, contesta el Ñato. Madres, hermanas y esposas, cliché de época, en casi todos los casos usan vestido y se preocupan por los hombres pero desde un rol meramente pasivo. Blanquita va al estadio a ver al Comeuñas y celebra que sea “*el jugador más buen mozo*”. Rosita, la hermana del Ñato y novia de Suárez, asume la carga cuando el ídolo se hace famoso, lo llora cuando la deja y lo recibe de nuevo con los brazos abiertos cuando él reconoce su error. En *Escuela de Campeones*, Watson Hutton cuenta desde el inicio con el apoyo incondicional de su mujer, quien comparte su convicción de que una nueva pedagogía que aproveche al fútbol o al deporte en general como herramienta de enseñanza es la mejor manera de formar a los niños. Pero no son muchas las mujeres que participan de los rituales del Alumni, ya sea alentando desde las tribunas o en las reuniones dentro del colegio. *El Cura Lorenzo*, película que también remite a los comienzos del siglo XX, asigna el protagonismo claro a los hombres, no sólo en lo que se refiere al fútbol sino a la trama central en general. Lina es la excepción, una novia de aspecto varonil, que entiende de fútbol, usa pantalones y se compromete con el Victoria a la par del Ñato, sufriendo por sus desventuras y alentando en la tribuna cada domingo.

Los comentarios y actitudes machistas son moneda corriente, excluyendo a las nenas de los juegos físicos en grupo y hasta burlándose de los compañeros por

tener novia y ser “un pollerita”. En *El Hijo del Crack*, Balazo consuela a Marito diciéndole “*no llores, los hombres no lloran*” e incluso defiende al fútbol afirmando que “*es una vida dura y fuerte que prepara hombres, no maricones*”. Paradójicamente, la intensa relación que se da entre los hombres de la hinchada en la cancha, sumada a la exclusión de las mujeres de ese mundo, supo generar cuestionamientos históricos en cuanto a la sexualidad – o, mejor dicho, a la homosexualidad, temática ajena a las representaciones culturales durante la época peronista pero presente en los debates de la actualidad.

La corporalidad del peronismo

“Siempre he pensado en un pueblo de deportistas, porque cuando se tiene un pueblo de hombres deportistas, se tiene un pueblo de hombres nobles y hombres buenos y de hombres de profundo sentido moral de la vida, y esos son los únicos valores que hacen nobles a los hombres y grandes a los pueblos”, anunció Perón en 1951, en alineación con la estrategia de educación de los cuerpos que guió la definición de políticas públicas durante el peronismo. En la misma línea, Quiroga afirma que “el deporte que una comunidad practica, con sus fiestas y sus reuniones, es un indicador del potencial democrático” (2000, S/P), conectando la corporalidad a uno de los disparadores identitarios clave de la época.

Volviendo al escenario de nuestra historia, podemos reconocer la fuerza de la corporalidad en el nacimiento mismo del peronismo, deteniéndonos en el gesto poético (y por qué no también político y social) de *las patas en la fuente*. Se trata de apenas una pincelada – aunque con alta carga semiótica – dentro del cuadro general que definió a aquel 17 de octubre de 1945 como el momento inaugural de una nueva era en la Argentina.

Los pies cansados que se refrescaban en la fuente aquel miércoles caluroso estaban movilizados por la esperanza. Y estaban cansados, no solamente por la caminata: trasladaban los padecimientos de décadas y décadas de injusticia, de explotación, de derechos violados, de desamparo social (Presman, 2010: S/P).

La poesía de Presman da cuenta de la simbología con la que se suele cargar a aquel famoso episodio, identificando a los obreros inmigrantes que asistieron a la plaza en apoyo al general Perón – en contraste con a las tradicionales clases cultas y civilizadas – como ese nuevo sujeto histórico que menciona Sibilia: trabajadores

transpirados, sacrificados y con olor a pata. Vemos una vez más, la exacerbación del acto primario: poner el cuerpo.

Haciendo un paralelismo con el análisis del carnaval de Bajtín, éste sostiene que el sentido cómico que se asigna a las necesidades corporales “se expresa en la plaza como ámbito público de confluencia, en donde intérprete y espectador – representación y audiencia – se hacen uno al verse diluidas las fronteras espaciales, pues el carnaval no se observa: se vive” (1987: S/P). Una plaza que es el potrero para el Comeuñas y sus amigos, el patio de la iglesia para los chicos de Almagro o una cancha de fútbol para casi todos los argentinos. Al igual que en el ‘45 en la Plaza de Mayo, reconocemos tanto en el carnaval como en el fútbol un cuerpo grotesco e hiperbolizado, un cuerpo que Bajtín entiende no se puede desligar del sentido colectivo y comunitario – en consonancia con las modalidades de representación de la hinchada y su fuerte sentido identitario.

Cuerpos deportivos y peronistas

Carnaval y fútbol se presentan como prácticas culturales de clase asociadas principalmente al cuerpo y su exposición. Garriga Zucal y Alabarces estudian en las hinchadas de fútbol (2008) la construcción de colectivos alrededor de la corporalidad y sostienen que éstos se centran en las prácticas y las acciones, las cuales a su vez establecen pertenencia. Retomando a Boltanski, los autores afirman que los hinchas poseen un modelo que los distingue e identifica con ideales corporales populares. Es en esas zonas libres como el fútbol, dicen, donde fundamentalmente construyen identidad los sectores populares – espacios donde el Estado perdía históricamente influencia, algo que el peronismo detectó como oportunidad. El cura Lorenzo y Watson Hutton también vislumbraron y supieron explotar el potencial de identificación del fútbol en pos de generar una transformación y mejora en sus comunidades.

Tradicionalmente se entiende al deporte como una de las actividades sociales de mayor aceptación y capacidad de convocatoria en las sociedades modernas. Casi como si estuviera describiendo *Escuela de Campeones o El Cura Lorenzo*, Quiroga lo define como “un elemento esencial del sistema educativo que contribuye al mantenimiento de la salud, a la corrección de desequilibrios sociales y a mejorar la inserción social y fomentar la solidaridad” (2000: S/P). Para Hargreaves, quien realizó uno de los primeros análisis de carácter social e histórico acerca de la conexión entre los deportes populares y las estructuras de poder (en su caso, localizado en Gran Bretaña), el deporte “estimula a los hombres a escapar del

aburrimiento y las privaciones, razón por la cual es elogiado por educadores y filantropistas, apropiado por los políticos y promovido por el Estado moderno” (1986: 1). El mismo autor afirma que, en este proceso, las clases trabajadoras fueron conquistadas *a través* del deporte en lugar de forzadas hacia él. De la misma forma, para Massarino el deporte “sirve para ser mirado como factor de diferenciación ante los demás, desde donde se producen imaginarios, símbolos y héroes” (2002: S/P). Tal como vemos en la historia del padre Lorenzo y los chicos del barrio de Almagro, el fomento del deporte y la competencia contribuyen, además, a la integración y a dirigir las energías hacia una actividad lúdica que no se entrometa con la política, incluso desde los primeros años de vida.

Durante el peronismo la pasión futbolera se enaltece, el deseo aspiracional de salvarse se visibiliza y el héroe deportivo se posiciona como una figura distintiva de la identidad nacional; así es que el cuerpo pasa a ser clave en las políticas públicas del gobierno. El discurso peronista se apropia de escenas cotidianas de lo popular, propiciando entre sus seguidores una estirpe de hinchada fiel y apasionada y hasta dando origen a cantitos especialmente creados para el líder. Académicos e historiadores coinciden en que Perón fue el primer gobernante en instaurar un cambio en la mentalidad argentina respecto al deporte, incluyéndolo entre otros derechos sociales y otorgándole entidad cultural. Ningún otro gobierno había dedicado tantos esfuerzos, dinero y energía a la promoción del deporte y al intento de sacar rédito político del mismo, según sostiene Rein. Dentro del 1º Plan Quinquenal (1947-51) se estableció de hecho que el Estado auspiciaría “el desarrollo de la cultura física del pueblo en armonía con su formación moral e intelectual mediante el ejercicio del deporte (...) que ayudará a la elevación del bienestar y de la cultura general del pueblo, al desarrollo de sus sentimientos de patriotismo y a la solidaridad social”. Así, la década peronista configuró la época de mayor expansión del fútbol profesional gracias a la “democratización del bienestar, el tiempo libre y el consumo” (Rein, 2015: 16). Perón fue el primer político en vislumbrar el potencial de los deportes como “vehículo para el cambio social” (Sibaja, 2017: 77), pudiendo aprovechar las representaciones del fútbol como espejo de los logros reales que podían alcanzarse gracias a esa nueva filosofía de vida propuesta por el estado – aspecto a analizar en otro apartado. El mejor ejemplo de dichas políticas puede encontrarse en los Juegos Nacionales Evita³, los cuales

³ Como dato de color, Sibaja menciona que el gobierno utiliza para la promoción de dicho evento la imagen de un niño en un potrero sosteniendo una pelota de cuero, imagen extraída de una escena de Pelota de Trapo (2017: 95).

funcionaban como “un canal adicional para la socialización política de los chicos y jóvenes” (Rein, 2015: 35), a la vez que cumplían una función social estimulando a los niños a practicar deportes y garantizándoles asistencia médica regular.

Por otro lado, el punto de vista que prevalece en la sociología del deporte es que el mismo cumple una función positiva ya que “provee a los individuos de una actividad significativa y les permite expresarse y adquirir identidades personales estables, integrándolos y dando estabilidad al orden social a través de la confirmación de normas y valores comunes” (Hargreaves, 1986: 2). Coincidiendo con Daniel James, quien sugiere que el atractivo fundamental del peronismo reside en su capacidad de redefinición de la ciudadanía en un contexto esencialmente social (2010: S/P) – y por qué no, emotivo – Orbuch plantea que el impulso de una cultura física nacional durante esos años se asocia directamente a una “estrategia de ampliación de derechos ciudadanos” particularmente dirigida a las clases medias y populares (2017: S/P). Una ampliación de derechos que implica oportunidades de ascenso económico y social, de formar parte de un proyecto nacional (al igual que de una hinchada), de acceder.

Además del factor emotivo, se pueden destacar también las cualidades pedagógicas del deporte. Watson Hutton y el padre Lorenzo coinciden en ver al deporte como un recurso pedagógico para transmitir valores y sentidos morales a los chicos, vinculando el ejercicio con la alegría, la inteligencia y hasta la oportunidad de escapar de la desidia. La película del padre Lorenzo, que cuenta una historia real, describe al barrio de Almagro como una zona marginal de la ciudad en la que los chicos andaban solos por la calle, expuestos a pandillas y grupos de delincuentes o malas influencias. En ese contexto, es el cura quien logra atraerlos a la parroquia – aunque no sin esfuerzo – a través del fútbol, alejándolos de aquellos riesgos y brindándoles un renovado sentido de pertenencia.

La estrategia que menciona Orbuch pone en escena la figura de un cuerpo público movilizado, sano y fuerte, entendido como metáfora de la Nueva Argentina, de la patria. Asimismo, Galak cita de Boltanski la interpretación de los modos dominantes de usar el cuerpo en contextos históricos determinados y propone la posibilidad de referirse a “un modo social y peronista de *llevar* el cuerpo” (2015: S/P). Como si sentir la pasión por un proyecto político pudiera traducirse en acciones y gestos particulares. Podríamos postular al ya mencionado cuerpo del Ñato, un hinchador fervoroso que pone el pecho a las circunstancias más adversas cada domingo en el estadio, como paradigma del cuerpo peronista. Archetti se refiere a la continuidad entre el potrero y las tribunas (2001: 51), dando cuenta de cómo tanto jugadores como hinchas ponen en juego sus cuerpos, en distintas formas pero con

un mismo objetivo. La pertenencia identitaria que genera el fútbol, tal como sucede con el peronismo, demanda una entrega física que no hace más que respaldar el compromiso con el proyecto. Tanto Balazo como el Comeuñas insisten en seguir jugando a pesar de enterarse de que hacerlo pondría en riesgo sus vidas. “Usted no puede entender que yo llevo el fútbol en la sangre” o “¿Cómo quiere que no juegue doctor, no ve que eso sí sería la muerte para mí?” son solo algunas muestras de que cuerpo y alma, en el mundo del fútbol, son indisociables. La corporalidad es constitutiva de la identidad en el universo futbolístico.

Cuerpos populares

Bourdieu (1988) sostiene que cada sector social posee una concepción corporal y que los cuerpos son simplemente formaciones que dan cuenta de elementos de clase. La construcción de la figura del trabajador, unidad fundacional de la consolidación de la clase popular como estrato social, fue originalmente ligada a rasgos físicos exacerbados y visibles – tal como Bajtín describe el mundo carnavalero y como las películas que hacen parte de nuestro corpus proponen al universo futbolístico de la Argentina peronista. En casi todas vemos a los trabajadores de barrios pobres dedicar esfuerzo físico y diligencia para cumplir con sus responsabilidades: lavanderas, costureras, vendedores callejeros, operarios y buscavidas varios. Aprender un oficio y salir adelante con las propias manos es condición definitoria para las clases populares de la época y sus limitadas ambiciones de bienestar. Y si el hermano del Comeuñas se propone estudiar y ser médico, los demás deben conscientemente sacrificarse para que él logre cumplir esa misión casi imposible – lo cual genera conflictos cuando el crack sostiene que quiere dedicarse al fútbol.

Dentro del marco de lo popular, vemos también a los niños: cuerpos sucios y ruidosos, pero libres y felices, motivados por algo tan simple como una pelota de trapo. “La infancia necesita gritar, jugar y correr”, sostiene Watson Hutton mientras defiende a los chicos por jugar informalmente en las calles e incomodar a los adultos. “Los pibes son figuras liminales”, afirma Archetti (2001: S/P) en alusión tanto al inicio que representa la niñez como al estilo de juego en general, en donde demuestran frescura, espontaneidad y libertad. En *Pelota de Trapo*, el hecho de que los chicos no tengan otra ocupación e interés más que jugar en el potrero o correr por el barrio detrás de una pelota, haciendo monerías e iniciando peleas menores, es presentado como rasgo identitario no sólo de los niños de esa edad sino particularmente de los niños de barrios humildes y necesitados. Incluso cuando el

Flaco enferma, alguien arriesga que “debe ser por pasarse horas jugando a la pelota”.

Así como el peronismo glorificó hábitos populares en una especie de fenómeno de *plebeyización de la cultura* – al que nos referiremos en otro capítulo –, las clases populares se apropiaron del fútbol y lo hicieron parte de su idiosincrasia en oposición a un *otro*, sin pasión y sin una corporalidad tan definida. Por otro lado, la ponderación de dichos hábitos de vida involucró un estilo y un idioma políticos bien a tono con la sensibilidad popular. James afirma que el vocabulario coloquial y desestructurado de Perón era creíble ya que “tenía una capacidad especial para comunicarse con sus audiencias obreras: afinidad con las letras del tango y un lenguaje basado en el realismo plebeyo” (2010: S/P). Los conceptos “negrada” o “cabecita negra”, por ejemplo, surgieron desde una posición peyorativa pero el peronismo los incorporó y resignificó, ligándolos al esfuerzo y trabajo honesto. Similarmente, el Ñato define como atorrantes y *malandras* sin código a las malas influencias que rodean a Suárez una vez que triunfa en el Atlántico, y don Américo se preocupa porque el Comeuñas haya cambiado sus sentimientos por cambiar de suerte. La integridad y honradez aparecen así como rasgos distintivos del sentido de comunidad e identificación que promueve lo popular.

La frase en la que Fontanarrosa se ríe de su propia falta de habilidad para dominar físicamente el arte del fútbol – que da inicio a este capítulo – engloba la representatividad del cuerpo como engranaje fundamental, no sólo para el deporte sino también para el proyecto social y comunitario que representa el peronismo en la Argentina. Hasta aquí, un recorrido de las formas en que nuestro corpus da cuenta de la articulación entre fútbol y peronismo a través de la corporalidad, introduciendo a su vez otros elementos igual de esenciales como el factor identitario de la lealtad y la ilusión de ascenso social como aspiracional de clase.

Capítulo 2 – Lealtad e identidad

“Una vez por semana, el hincha huye de su casa y asiste al estadio. Flamean las banderas, suenan las matracas, los cohetes, los tambores, llueven las serpientes y el papel picado; la ciudad desaparece, la rutina se olvida, solo existe el templo. En este espacio sagrado, la única religión que no tiene ateos exhibe sus divinidades”
(Eduardo Galeano).

El concepto de lealtad tiene mucho que ver con el surgimiento de la mayoría de las corrientes políticas personalistas en el siglo XX, pero si existió una época en la que jugó un rol fundamental y definitivo como eje articulador de las relaciones sociales fue durante los gobiernos peronistas. Aún sin saberlo, los miles de trabajadores que se movilizaron aquel 17 de octubre de 1945 a la Plaza de Mayo dieron nacimiento a la que sería una de las narrativas esenciales del discurso y la identidad peronista, más adelante incluso reapropiada como bandera de resistencia por parte de las clases populares frente al gobierno de facto.

Plotkin define a ese hecho como el “nacimiento simbólico del movimiento” (1993: 153). El 13 de octubre de ese año Perón fue detenido por el gobierno militar y trasladado a la isla Martín García, lo que generó que varios sindicatos declararan una huelga general reclamando por su liberación. Luego de cuatro días, su retorno a Buenos Aires para ser atendido médicamente impulsó la movilización espontánea de miles de personas por toda la ciudad, coreando su nombre y pidiendo por su libertad. Las autoridades finalmente decidieron dejarlo ir y permitirle que se dirija al público desde el balcón de la Casa de Gobierno en la Plaza de Mayo, donde pronunció un discurso que sería históricamente recordado:

Esto es pueblo. Esto es el pueblo sufriente que representa el dolor de la tierra madre, que hemos de reivindicar. Es el pueblo de la Patria. Es el mismo pueblo que en esta histórica plaza pidió frente al Congreso que se respetara su voluntad y su derecho. Es el mismo pueblo que ha de ser inmortal, porque no habrá perfidia ni maldad humana que pueda estremecer a este pueblo, grandioso en sentimiento y en número. Esta verdadera fiesta de la democracia, representada por un pueblo que marcha, ahora también, para pedir a sus funcionarios que cumplan con su deber para llegar al derecho del verdadero pueblo (Perón, 17/10/1945).

En función del tono de estas palabras y la evidente conexión emocional que Perón supo generar con el público es que esa fecha comenzó a ser celebrada como Día de la Lealtad, conformando con el tiempo “uno de los elementos centrales de la liturgia política peronista” (Plotkin, 1993: 153). Este día simboliza una interacción indiscutible entre la clase trabajadora y el peronismo, ambos constituidos gracias y por obra del otro. Al igual que en la relación simbiótica entre ídolo e hincha, donde uno sin el otro no es nada, el fortalecimiento de los trabajadores como actores protagonistas del escenario político y social de esos años no implicó necesariamente manipulación y pasividad – en términos de James (2010) – sino más bien un juego de ida y vuelta. “Existieron factores menos tangibles y mucho más difíciles de cuantificar para evaluar el significado social del peronismo para la clase trabajadora. Nos referimos a factores como el orgullo, el respeto propio y la dignidad”, sintetiza el autor.

En todos los casos, el ídolo futbolístico tiene su contraparte, un hincha que lo sostiene. “Necesito que me necesiten”, se dice que confesó Maradona alguna vez. En *El Hijo del Crack* la hinchada alienta a Balazo, el hombre gol, y se entusiasma cuando mejora su rendimiento, pero es Marito el único que lo acompaña durante los malos momentos e impulsa a seguir intentándolo. Por él es por quien el crack se vuelve a levantar – física y emocionalmente, para no romper su ilusión: el ídolo vuelve a ser ídolo sólo gracias a que el verdadero hincha creyó en él. Seguidor y seguido son mutuamente definitorios, el ídolo condiciona simbólicamente la vida del hincha y viceversa. Retomando a Verón y Sigal, tanto los trabajadores como Perón se descubren en su rol en la mirada del otro (2014); se trata de una reciprocidad inevitable. El ídolo futbolístico es un actor fundamental de este ethos deportivo que genera que la sociedad toda se transforme en hincha.

Lealtad para con el líder, decíamos, pero también lealtad de él hacia el pueblo y de todos con el proyecto, la Nación – como vemos, todas consignas políticas fácilmente extrapolables al universo futbolístico. A través del análisis de las películas seleccionadas podemos reconocer cómo el fútbol constituye un ethos en nuestra sociedad (Archetti, 1984), regido especialmente por aspectos afectivos. Ser hincha es ser argentino y, en esa época, también era ser peronista. Es el fanatismo puesto al servicio de la causa: el peronismo supo convertir al fútbol profesional en lugar imaginario de la epicidad nacional-popular (Rodríguez, 2000) y propiciar un nivel de fidelidad nunca antes visto.

En su análisis de *El Hincha*, Conde afirma que la película “propone una inversión de las relaciones de fuerza entre esos personajes al erigir al hincha como el centro del evento deportivo, un engranaje sin el cual la máquina no funcionaría”

(2005: 26). Esta definición, que aplica análogamente al movimiento peronista y su constante interpelación emotiva hacia las clases trabajadoras como parte del proyecto bajo del liderazgo del gran ídolo, se evidencia también cuando el Ñato se presenta repentinamente frente a las autoridades del Victoria y define sin dubitaciones cuál es su rol. *“¿Qué sería del club sin el hincha? Una bolsa vacía, el hincha es el alma de los colores, es el que no se ve, el que da todo sin esperar nada, ese es el hincha, jese soy yo!”*. Parafraseando a Evita, Perón no era nadie sin sus descamisados. El hincha se autodefine como el jugador N° 12, poniendo en un primer plano el sentido de pertenencia al equipo (y de indispensabilidad de su participación en el ritual). Vemos aquí cómo las características específicas del hincha concentran en esa singularidad los rasgos colectivos y significantes del pueblo peronista. Porque el hincha no es hincha sin la hinchada, ni sin su pasión.

Hincha es, en todos los ejemplos analizados, sinónimo de apasionamiento, de incondicionalidad – componentes también clave del discurso peronista dominante en la época. Marito está triste cuando es alejado de su padre y del fútbol, y sólo recupera la alegría cuando se reencuentra con él y vuelve a la cancha a verlo jugar. El amor fraternal y el amor por el fútbol se entremezclan, al igual que pasa con un movimiento político paternalista como lo fue el peronismo. Lo llama indistintamente “papá” o Balazo, lo admira, lo idolatra y lo alienta. Sin importar si juega bien o mal, para Marito sigue siendo el mejor jugador del mundo. La película comienza con un minuto de silencio en el estadio conmemorando la muerte del ídolo y retoma la misma escena al final, esta vez con una locución en *off* diciendo que *“para todos el crack había muerto, pero no para su hijo”*. Y es que el hincha lo es de por vida. Desde que nace, en algunos casos, o desde que decide serlo, pero para siempre. Puede haber tristezas, momentos de desesperación, pero ese sentimiento no cambia.

Causa común

En la película de Discépolo el hincha es el personaje central y aparece personificado en el Ñato: el incondicional, el que sufre por su equipo y el que pone manos a la obra cuando el destino empieza a oscurecerse. El Ñato es hincha del Victoria y es hincha de Suárez, su ídolo. En *El Hijo del Crack* el hincha es Marito, fiel seguidor de su gran ídolo: su papá. Marito es hincha del Internacional, pero antes que nada es hincha de Héctor López, Balazo. *Escuela de Campeones*, situada en una etapa cronológica anterior pero igualmente representativa, relata un hecho histórico: el arribo del fútbol a la Argentina de la mano del británico Alejandro Watson

Hutton y su adopción paulatina como deporte popular a la vez que como herramienta pedagógica. Describe, en términos de Sibaja (2017), el surgimiento del “primer equipo criollo” y, de alguna forma, el nacimiento del hincha argentino como tal. Esta película ofrece un diálogo ficticio entre Watson Hutton y Domingo Faustino Sarmiento, quien respalda la intención del escocés de instalar la enseñanza de deportes como parte del plan curricular escolar alegando que *“hay que apasionar a la juventud”*. Con el mismo objetivo, el padre Lorenzo no sólo les enseña a los chicos a jugar al fútbol sino que les inculca valores de comunidad y compromiso que hasta entonces el barrio no conocía. En *El Hincha*, Suárez es, para el Ñato, el símbolo del equipo, más importante que su vida misma. *“Mientras no te lastimen a vos. Yo no soy más que un hincha, vos sos un crack”*, le confiesa a su amigo, recordándole que su lealtad es al 100%. Y es por esa emoción que siente al ver jugar a su ídolo, por la pasión por sus colores que le brota incontrolable del pecho, que el Ñato defiende a capa y espada a Suárez, aún cuando este cae ante la tentación y se vende a otro equipo seducido por el dinero y las promesas vacías de grandeza, aún cuando su juego ya no es el mismo y su estirpe comienza a descascararse. De la misma manera, en *El Hijo del Crack* es Marito quien sostiene y alienta a Balazo cuando su juego empieza a decaer y desde las tribunas lo abuchean. A Marito no le importa la mala racha del crack y sigue convencido de que es el mejor jugador del mundo; frente a esto, su padre entiende que la lealtad de su hijo debe ser correspondida con entrega y sacrificio, aún a pesar de su enfermedad, para volver a ser el ídolo que fue. Y ese esfuerzo es reconocido también por la hinchada, quienes vuelven a enamorarse de él y organizan un banderazo en la puerta del hospital donde es internado luego de una descompensación – cual 17 de octubre peronista – para pedir por su recuperación y manifestarle su apoyo.

El lenguaje utiliza varias veces recursos metafóricos para referirse a los hinchas y a su compromiso respecto al ídolo y al club. *“Somos el jugador N°12, tenemos que ser parte de la levantada del equipo”*, comentan entre los muchachos de la barra del Victoria luego del partido inicial, justificando que, si los dirigentes no encuentran una solución al problema, deberán ser ellos los que lo hagan. Ellos, que son los soldados que aportan para ganar la batalla, como dice el Ñato. Una batalla liderada por el talento de los generales – los jugadores, pero sostenida por el aguante de todo el batallón – la hinchada. *“El fútbol exige una práctica colectiva, donde la síntesis entre la individualidad descollante y la solidaridad del equipo son los elementos decisivos; síntesis continuamente tensionada: defender los colores de la camiseta – metonimia del equipo – pero también triunfar, lograr el estrellato”* (Alabarces, 1996: 27).

En su revisión de los fundamentos discursivos del peronismo, Verón y Sigal describen el desarrollo progresivo de la construcción que hace Perón de su relación con el pueblo: “primero pide confianza; luego la confianza debe transformarse en fe; en tercer lugar, solicita colaboración, la colaboración de todos” (2014: 34). Los hinchas se sienten parte del equipo, de la causa y como tal, se sienten responsables de solucionar los conflictos que aparezcan. *“Yo vengo a traer la salvación de los colores”*, grita el Ñato irrumpiendo en medio de la reunión de la Comisión Directiva del club. *“Porque si ustedes los dirigentes no ven nada, nosotros los hinchas lo vemos todo”*, sintetiza. Aquí, otra vez, se puede ver la analogía de los hinchas (el pueblo) al servicio del equipo (la Nación), de la lealtad hacia el ídolo y el proyecto. “Frente al otro, el que legitima su poder y su autoridad en su capital simbólico y material, sólo es posible ofrecer conjuntos. Equipos” (Alabarces, 1996: 28). El batallón de hinchas no sólo encuentra la solución para salvar al Victoria del descenso, sino que vuelve a la carga al final de la historia para rescatar a su gran ídolo y prevenir su caída. *“La pared que yo levanté con mis manos, te aseguro que no la voltea nadie”*, le dice convencido el Ñato a Suárez. *“(…) él se hizo en este barrio y ahora el barrio tiene que salvarlo”*, arenga a los muchachos cuando su amigo está en problemas. El Ñato lleva a Suárez a jugar en primera, pero también lo hace volver cuando sus compañeros conspiran para sacarlo del equipo y aún lo defiende cuando toma decisiones equivocadas y es rechazado por todos. *“Suárez es mío, lo hice yo”*, repite con lágrimas en los ojos. En *El Hijo del Crack*, Marito es quien hace que Balazo vuelva a los entrenamientos y quien lo ayuda a levantarse luego de una golpiza por parte de la hinchada a raíz de su mal desempeño durante un partido, y lo consuela, afirmando que *“todos los cracks tienen una mala tarde”*. Watson Hutton es el líder de la comunidad que creó con la fundación del Buenos Aires English High School pero cuando encuentra problemas, luego de la muerte de un jugador por un golpe durante un partido, son los alumnos y sus familias – los hinchas – quienes lo respaldan y ayudan a sobrevivir.

“Hay que salvarse del descenso, ¿o no comprenden que eso es lo más importante?”, exclama el Ñato sorprendido. *“¿Y los colores, y el honor del cuadro, y la vergüenza de la barriada?”*, replica ante la apatía demostrada por su familia ante la posibilidad de que el Victoria descienda. La respuesta es siempre más o menos la misma frente a todo quien se atreva a cuestionarlo, el hincha tiene muy claro su único objetivo: *“(…) nosotros podemos insultar a un jugador, discutir a un referí, incendiar una tribuna, pero sólo por un ideal: el Victoria no puede ir al descenso”*.

La identificación a través del fútbol

Pelota de Trapo se enfoca en el fútbol como un elemento constitutivo de nuestras vidas y cuenta una historia esencial: la de un grupo de amigos que transcurre su niñez jugando en el potrero del barrio y acompañando el camino del crack Eduardo Díaz, el Comeuñas, hasta que finalmente es fichado por un club de primera y llega a ser ídolo en la Selección Nacional. En este caso, todos son hinchas del Comeuñas, pero también hinchas del fútbol. “El fútbol, espacio de la identidad cálida que sólo pide una inversión de pasión a cambio de un relato de pertenencia sin mayores riesgos, se torna identidad primaria” (Alabarces, 2002). Lealtad e identidad devienen de esta forma términos que se completan e interpretan – tanto política como deportivamente – como un todo. Más allá de aquellas características emocionales particularmente asociadas al peronismo, las cuales conforman un tipo específico de hincha/fiel, el discurso peronista se organizó a partir de “un colectivo, un nosotros con una identidad nacional y popular” (Massarino, 2002: S/P). Kohen afirma que dicha cuestión es, en cierto periodo histórico, “la resolución, siempre política, de un conflicto que culmina con la imposición de los valores de la clase que tiene el poder” (2005: S/P). En este caso, podemos afirmar que los valores transmitidos culturalmente se asemejaban mucho a los de las clases trabajadoras y sus intereses populares. El fútbol como aglutinador y constituyente identitario es un recurso significativo que cobra fuerza durante el peronismo, evocando principalmente a los trabajadores asalariados, aquellos ciudadanos de clases bajas que viven en los barrios más necesitados – el mismo lugar de donde surgen los mejores jugadores. En este contexto, la sociedad toda es hincha y es leal y a la hora del partido van a la cancha, se reúnen en las casas o se juntan en el bar: los espacios de lo cotidiano se modifican, en palabras de Vogel (1993). En *El Hincha* se puede ver a todos atentos al resultado del partido en el que el Victoria se juega el descenso, sumando tensión mediante el intercalado de imágenes mostrando cómo cada uno vive el momento crítico: el Ñato en la tribuna, comiéndose las uñas; los relatores en la cabina, expectantes; la madre del Ñato en su casa, tejiendo junto a la radio. En *Pelota de Trapo* se repiten los mismos recursos: los nervios en los momentos clave de los partidos – y también cuando el crack empieza a flaquear – se reflejan en la cara de los amigos del Comeuñas o de su novia Blanquita en la tribuna, de los niños del barrio amontonados frente a una radio en el conventillo o incluso de su madre, que prefiere mirar para otro lado y no angustiarse.

En el barrio, la identidad peronista

“Entender el fútbol como parte de una cultura implica que los actores sociales con su comportamiento concreto, sus discursos, tratan de poner cierto orden, de reproducirlo o de cambiarlo” (Archetti, 1984: 6). El Victoria es el equipo del barrio y jugarse por los colores implica jugarse por el lugar de pertenencia, por los de uno. “El fútbol es un eje eficaz de identidades locales que encontraron en él un punto de articulación”, resume Alabarces (2008: 27) – y bien podríamos decir que el peronismo lo reconoció como tal y aprovechó a su favor ese atributo unificador. Aquí vale detenerse en la historización de Gil (2002), quien trabaja sobre las fundaciones emocionales del fútbol argentino recorriendo un proceso de creación de clubes a lo largo del territorio nacional a fin de construir esas mismas identidades locales. En nuestro país es innegable la preponderancia de los llamados clubes grandes – categoría que, en oposición a la de clubes chicos, aparece ya a comienzos de los años ‘20 (Bayer, 1990) –, los cuales contabilizan fanáticos en casi todas las provincias argentinas. Pero la tendencia, según explica Gil, marca que la identificación con un equipo nacional no impide el lazo a uno local, del barrio – más bien se complementan. Estos fenómenos de doble pertenencia de la pasión futbolística, según los define el autor, surgen a partir de tres fundaciones emocionales clave: la profesionalización del fútbol, en 1931; los primeros campeonatos nacionales desde 1967 y, finalmente, la televisación de todos los encuentros de primera división hacia todo el país a partir de 1991. Así, fruto de los momentos fundacionales en nuestro fútbol, podemos concluir que los hinchas argentinos tienden a alentar a uno de los grandes, pero a la vez a su equipo local. Dos de las películas analizadas, *Escuela de Campeones* y *El Cura Lorenzo*, cuentan historias que tuvieron lugar a comienzos del siglo XX, previo incluso a la etapa de profesionalización. El resto de las películas consideradas en este trabajo, las cuales suceden en el marco del gobierno peronista, se ubican luego de la primera fundación, cuando aún la fuerza de los equipos más poderosos no había invadido por completo los suburbios y pueblos pequeños. Podemos incluso interpretar que los clubes grandes representaban por entonces los intereses de las clases más adineradas (la oligarquía, en términos del peronismo en aquella época), preocupadas más por garantizar sus ingresos que por el bienestar de los jugadores o del equipo – en oposición a los clubes de barrio (propios del pueblo, las grandes masas), fiel representación de las clases trabajadoras que luchan por salir adelante y comulgan por el bien común. El Victoria es un equipo de fantasía, y de hecho en la película no se evidencia en ningún momento el lugar exacto en que transcurre el

relato, aunque sí es indudable una cosa: en ese barrio, la gente es del Victoria y no hay otro equipo posible. Los clubes grandes, como el Atlántico, aparecen como traidores a los principios de identidad local, como anti-Patria (otra vez retomando la retórica peronista), meros usureros que buscan robarse los talentos ajenos para hacer negocios. Para estas instituciones, el jugador y el fútbol mismo son simples mercancías transaccionales, redituables cuando tienen buenos resultados pero pasibles de desechar cuando el retorno de la inversión comienza a dar negativo. En la película sucede con Suárez, cuyo pase es comprado por el Atlántico luego de salvar al Victoria del descenso, pero, en cuanto su nivel empieza a bajar y ya no mete tantos goles, intentan venderlo al exterior mientras aún puedan recuperar algo del dinero invertido.

Aquí vemos la construcción de una identidad como hincha originaria, pura, sin tangentes situacionales más allá de la honesta pasión por los colores y la convicción de pertenencia. En la película, la identidad del Ñato como hincha del Victoria se construye en su propia historia: en el barrio y en su padre que le transmite “el inexplicable sentimiento por su club”. “*El Hincha* – dirá Alabarces – es seductora por su ingenuidad melodramática, por su simpleza y efectismo” (1996:187). Marito, por otro lado, no tiene en realidad posibilidad de elección ya que nace siendo hijo del crack y es su destino ser el mayor hincha de Balazo. En línea con las reflexiones de Vogel (1993), todos tenemos una identidad social compuesta por varios roles entre los cuales el de hincha ocupa un lugar destacado – condición que Perón aprovechó inteligentemente para garantizar la lealtad del pueblo.

Sobre el ritual barrial

Si bien el reconocimiento académico de la práctica del ritual del hincha (y las derivaciones violentas propias de los últimos años) encuentra su apogeo varias décadas después del surgimiento del peronismo, ya en esa época podemos observar cómo dicha preparación constituye otro de los elementos esenciales que dan forma a esta tipología, siendo la dedicación de tiempo a “la planificación de los aspectos festivos del partido” una actividad cotidiana para los hinchas especialmente durante el peronismo, según reconocerán años después Alabarces, Garriga Zucal y Moreira en su revisión de la categoría del aguante (2008: 115). Tanto en *El Hincha* como en *Pelota de Trapo* o *El Hijo del Crack* vemos cómo la previa de los partidos genera un clima de tensión y expectativa único, ya sea estando en la cancha o en el barrio, reunidos alrededor de una radio o un televisor. En *El Cura Lorenzo*, hasta los más incrédulos terminan acercándose para ver al equipo de la parroquia jugar contra

los chicos de un colegio privado – e incluso el policía, que se suponía debía estar vigilando, se compenetra con la emoción del partido. Conde y Rodríguez distinguen en esa misma puesta rastros de las prácticas carnavalescas descritas por Bajtín (1987) – como la caracterización del cuerpo grotesco asociado a las fiestas populares que ya mencionamos en otro capítulo, destacando ahora cómo de a poco el foco del espectáculo deportivo fue corriéndose del partido en sí y registrando también a las tribunas, “quizás porque la pasión y la mística son hoy más observables en los hinchas – que además siempre hicieron de su práctica un ritual – que en los jugadores” (Conde y Rodríguez, 2002: 16). Retomando a Alabarces, podríamos decir que si eliminamos la connotación sacra o religiosa, el concepto de ritual permite ver al fútbol (¿y al peronismo?) como “una gigantesca puesta en escena que una sociedad hace para verse a sí misma” (1996: 31), clausurando criterios de temporalidad e instaurando un tiempo mítico propio de dicho fenómeno.

El sentimiento de comunidad

También en relación al barrio, se destacan los valores de amistad y comunidad que vemos presentes en las películas analizadas. En *Pelota de Trapo*, todos en el barrio saben quién es el Comeuñas y cuál es su historia y destino. Ya desde chico le anticipan futuro de crack y lo reconocen como ídolo, alentándolo tanto en partidos menores como cuando llega a jugar en primera o en el equipo nacional. Son también los vecinos quienes ayudan a los chicos a tener su nueva pelota comprándoles rifas. En la película de Discépolo los hinchas juntan plata para ayudar a Suárez cuando tiene que empezar a entrenar con la primera y dejar su trabajo en el taller, e incluso conservan ese espíritu solidario cuando él comienza a tener más éxito y los rechaza. La comunidad del Buenos Aires English High School, a su vez, es parte fundamental en la levantada de la institución cuando un jugador muere dramáticamente en la cancha y los alumnos empiezan a alejarse. Y también encontramos ejemplos en *El Cura Lorenzo*, como cuando el párroco decide esconder a Tito, uno de los chicos del barrio que es perseguido por la policía, o cuando el grupo abandona un partido clave por acompañar a su amigo a la comisaría y pedir por su liberación. Así, la lealtad es entendida también como la fidelidad hacia los nuestros, como un renovado sentido de comunidad.

Podemos observar, por otra parte, una circulación de narrativas no mediadas que son parte del folklore del fútbol, de la genética del barrio y de ese sentimiento colectivo. Los espacios de reunión y encuentros pre y post partido – que constituyen el ritual – definen el centro neurálgico desde donde se dispara la comunicación y se

construye la red de interacciones entre los distintos personajes. En el caso de *El Hincha*, la historia transcurre entre el bar “*El crack*” (atendido por Lina, la novia del Ñato) donde se juntan los muchachos; la casa de la vieja, a donde todos los personajes vuelven luego del día agitado de trabajo y las discusiones sobre fútbol; y, finalmente, cada domingo, la tribuna del estadio para ver a “los colores del barrio”. El bar es presentado como un típico punto de encuentro de la época, siempre con ruido ambiente de gente conversando en carácter de sonido-territorio, según Chion, lo cual sirve para marcar un lugar particular con su presencia continua y extendida por todas partes (1993: 65). El grupo de amigos siempre en el centro, cubiertos por el humo de cigarrillo y alrededor del líder, el Ñato. Pocos planos y ángulos (o sea, poca diferenciación); mucha conversación. En el bar, ellos sólo conversan. En *El Hijo del Crack* podemos ver también varias escenas importantes transcurriendo en las calles, en el barrio mismo, y a grupos de amigos – niños o adultos – sentados en el cordón de la vereda. Siempre, eso sí, conversando. En *Pelota de Trapo* ese espacio central es fundamentalmente el potrero, el cual como *territorio liminal* (Archetti, 1998) constituye tanto el escenario principal en donde nace la trama como un eje significativo que evoca las más variadas emociones e interpretaciones, tal como describiremos más adelante. La historia de *El Cura Lorenzo* muestra cómo el terreno baldío de la parroquia del barrio pasa a ser punto de reunión tanto para chicos como para grandes gracias al fútbol, contribuyendo inevitablemente a una mayor participación popular en las misas dominicales.

El dilema de la oposición: ser o no ser

Según Archetti, los hinchas ponen en juego no sólo el prestigio del club sino partes de su identidad posicional (1984). El club (o el fútbol) es más que todo lo demás, “(...) *¡es una madre!*”, proclama el Ñato; “*¿qué trabajo? ¿Y los colores, y el club? ¿Para qué trabaja uno sino es para ir el domingo a romperse los pulmones a las tribunas hinchando por un ideal?*”, concluye, resumiendo en sólo una frase lo que es la vida para el hincha. Una vida que siente incomprendida por los que no la viven como él, al igual que el Comeuñas. El crack ve sus sueños desmoronarse cuando el médico le dice que por una afección coronaria no podrá jugar nunca más al fútbol sin correr riesgo de muerte. “*Mi vida no significa nada si no puedo jugar, me he pasado la vida esperando este momento*”, le responde con lágrimas en los ojos. “(...) *en un club profesional o en el potrero (...) jugaré, aunque me cueste la vida*”, sentencia finalmente. Los chicos del barrio de Almagro dejan de vagar por las calles sin

propósito y hasta acceden a volver a estudiar gracias al fútbol y la nueva pasión que ahora sienten.

Es ese ejercicio de identificación que menciona Archetti el que define la influencia cultural del fútbol y a través de la cual el peronismo supo comunicar su retórica: los que sienten la pasión – los peronistas, trabajadores y honestos – se dan cuenta cuando otros no la sienten – los oligarcas, representantes de la clase alta y heredera – y salen a defender sus triunfos, su forma de vida. “En el universo futbolístico, el eje de oposición hegemónico-subalterno (o capitalistas-asalariados) sería desplazado por ricos-pobres”, resume Alabarces (1988: 275). En *El Hijo del Crack* esta distinción es representada directamente a través de la consabida lucha de clases (y con una clara toma de posición): la mamá y el abuelo de Marito, gente rica y de alta estirpe que entristece al niño al alejarlo de su padre y de su vida anterior, ven con malos ojos al fútbol y al ambiente que lo rodea. Ellos, que no son pobres, no pueden entender esa pasión que para otros es tan evidente e inevitable. La inexorabilidad de la otredad, en este caso identificada con el anti-peronismo. En *El Cura Lorenzo*, el equipo al que invitan para su primer amistoso viene de un colegio privado, con niños vistiendo uniformes limpios y prolijos, marchando ordenadamente y en un silencio respetuoso. En clara contraposición, el equipo del barrio es pobre, informal y desordenado y apenas sí tiene camisetas iguales, aunque desaliñadas y, en algunos casos, juegan hasta sin zapatillas. En el caso de *Escuela de Campeones*, en el cual los protagonistas son alumnos de un colegio privado, la diferenciación entre los unos y los otros no pasa por la pertenencia de clase sino por la aceptación (o no) del fútbol como herramienta pedagógica y, lo que es aún más importante, como filosofía de vida y promoción de valores. El padre Lorenzo también se enfrenta a resistencias por parte de la patota del barrio al llegar a la parroquia por primera vez y buscar acercarse a los niños, pero con el correr de la trama vemos cómo el objetivo común de bienestar y – por sobre todo – la pasión por el fútbol, prevalecen por sobre las enemistades.

Patria/Perón o muerte

Otra narrativa constitutiva de esta identidad nacional y barrial, importante por su relación tanto con el fútbol como con el peronismo, es la de la patria. En su análisis sobre el discurso peronista y el deporte, Massarino explica que “los objetivos del peronismo se enlazaban con una proclamada doctrina justicialista que ponía énfasis en dos conceptos claves: la Patria y la Nación. La primera vinculada a la familia, los símbolos y el Estado. La segunda, a la defensa de una identidad nacional

y popular, un nosotros” (2002: S/P). Verón y Sigal dirán respecto a esto que los mecanismos discursivos empleados por el peronismo generaron un “proceso de abstracción del enunciador” (2014: 81) – en este caso, Perón, por lo cual se lo ubica al mismo nivel que entidades abstractas como la Patria o la Nación. De esta forma, se aleja del estilo personalista asociado a cualidades específicas de una persona – que los autores llaman “personalización carismática” (2014: 81) – para dar lugar a un registro más universal por el cual decir “Patria o Muerte” y “Perón o Muerte” representa exactamente lo mismo.

“La contemporaneidad del deporte con la construcción de la cuestión de lo nacional permite ser leído como un escenario privilegiado donde el patriotismo hace sentido porque no solo se constituyó en un vehículo ideal a través del cual las naciones pudieran organizar sus comunidades internamente, sino que además sirvió y aún sirve para exponer al resto de las naciones las propias promesas y superioridad en el terreno de las disputas simbólicas” (Rodríguez, 1996: 134). En esta misma línea, el fútbol fue empleado como discurso unificador en torno a dichos objetivos de defensa y como exhibición de las posibilidades de ascenso social que las clases trabajadoras ahora sí tenían – cuestión que desarrollaremos en otro capítulo. “El fútbol no es la patria, pero se le parece”, señalaron oportunamente Alabarces y Rodríguez (1996). Como ya dijimos, las opciones eran ser parte del proyecto o estar en contra. Alabarces afirma en su libro “Fútbol y Patria” (2008) que el peronismo fue el primer estatismo deportivo y retoma a Sarlo, quien define la función de complementariedad que el fútbol pareciera cumplir en relación a las instituciones que edificaron nuestra identidad nacional. El autor se plantea como hipótesis que la construcción de identidades en la Argentina está atravesada directamente por el fútbol, y muy especialmente durante el período cultural y socio-económico liderado por el peronismo. Archetti también nos recuerda que el fútbol está asociado históricamente a la construcción de una identidad nacional (1998), aunque no cabe duda de que fue Perón el primero en adaptar su discurso al marco de las representaciones futbolísticas a fin de difundir el relato oficial de la Nueva Argentina – con todas las oportunidades que ello implicaba – intrincando elementos del imaginario geográfico con figuras y narrativas heroicas propias del deporte, enarbolando al mismo tiempo la bandera de la lealtad y el compromiso. En *Pelota de Trapo*, el Comeuñas llega a jugar en la Selección Nacional pero tiene que abandonar el equipo en la final del Sudamericano porque su corazón no resiste más. Sin embargo, la presión de la hinchada que entiende que sin él no podrán triunfar lo obliga a arriesgarse una vez más. Es aquí donde la invención de la patria se vuelve experiencia y dolor (Alabarces, 2008: 13). “A la patria se la defiende de muchas

maneras, y deportivamente es una de ellas”, se justifica el ídolo frente a don Américo, quien intenta disuadirlo; *“esa bandera es digna del mayor de los sacrificios”*.

No decimos nada nuevo al identificar al concepto de lealtad como eje articulador fundamental del discurso peronista, pero sí resulta interesante revisar la influencia futbolística en las formas en que se puso en práctica dicho concepto durante esos años. Galeano afirmó en 1995 que “en su vida, un hombre puede cambiar de mujer, de partido político o de religión, pero no puede cambiar de equipo de fútbol”, aunque la historia del peronismo refleja que la bandera izada por una causa común sostiene fieles aún hasta la actualidad. Identificamos a lo largo del análisis de las películas seleccionadas otros elementos centrales que dan cuenta de la conexión entre ambos mundos tales como la importancia del barrio como factor de identificación, los rituales y el sentido de pertenencia: el orgullo de ser peronista.

Capítulo 3 – Ascenso social

Tal como reconoce James, el Estado durante el peronismo fue asumiendo una postura firme en pos del bienestar social, incorporando a las clases trabajadoras al universo de derechos y oportunidades de acceso. Pero no ofreció simplemente una respuesta a las dificultades económicas y la explotación de clase, dirá el autor, sino que también se convirtió en “un movimiento representativo de un cambio decisivo en la conducta y las lealtades políticas de la clase trabajadora” (James, 2010: 26). Les dio un nuevo tipo de ciudadanía: una voz, poder. Análogamente, el fútbol vino a instalar la fantasía de éxito como premio al talento y al esfuerzo. Con la profesionalización del fútbol y la emergencia de grandes ídolos deportivos, hubo quienes empezaron a creer que el crecimiento y desarrollo económico y social podía ser posible para ellos también, aunque fuera a costa de muchos sacrificios. El derecho a.

Condiciones de producción peronistas

Si bien muchos afirman que el peronismo otorgó por primera vez visibilidad política a las clases trabajadoras, James sugiere que Perón en realidad se apoderó del legado yrigoyenista que había dado inicio a la movilización de las clases medias urbanas y rurales en contra de la oligarquía. El autor arriesga de hecho que el éxito del peronismo se dio, en todo caso, por “su capacidad para refundir el problema de la ciudadanía en un molde nuevo de carácter social” (James, 2010: 29). Sea cual fuera la razón, es indudable que la llegada de Perón al poder en 1946 – plena posguerra – inauguró una tendencia a “resaltar las actitudes nacionalistas en todos los aspectos de la vida social y a favorecer una participación más efectiva de los sectores populares” (Di Giano, 1999: S/P), en pos de alcanzar la proclamada Nueva Argentina. En su revisión sociológica del movimiento, Mafud afirma que “se era peronista no por elección sino por integración social” (1986: 32). Un verdadero criollo, desde la perspectiva de análisis de Rein, era quien veía al proyecto peronista como único camino para un mejor futuro: “todos los demás (...) eran traidores a la patria” (2015: 31). Verón y Sigal, quienes se dedicaron a analizar los fundamentos discursivos del fenómeno peronista, sostienen que durante esos años el lugar de la alteridad se conformó “respecto del propio Perón, de la doctrina y de los peronistas-argentinos” (2014: 71), constituyéndose el Otro necesariamente como anti-Patria. Como vemos, todas estas definiciones podrían perfectamente aplicarse al ámbito

futbolístico, y es que el peronismo está notablemente imbuido de muchos de los elementos constitutivos del folklore deportivo argentino.

Esta propuesta de identificación, que propició el empoderamiento de las clases trabajadoras y la emergencia de las masas, se dio de manera recíproca ya que si bien “bajo la mirada de Perón los trabajadores se descubren como argentinos”, ellos a su vez reconocían en él a uno de los suyos: “es la mirada de los trabajadores la que transforma a Perón en el primer trabajador”, afirman Verón y Sigal (2014: 51). Según estos autores, la construcción de la figura de Perón como simple ciudadano tuvo que ver con su posicionamiento desde sus primeros discursos públicos en un lugar alejado de la política tradicional, identificándose en términos emocionales – y no racionales – con valores y sentimientos extra-políticos (de alguna forma alineados a sus antecedentes como soldado) como el deber, el patriotismo, la humildad y la austeridad, entre otros – rasgos que marcaron el norte del movimiento peronista y alimentaron la figura de héroe nacional que, como veremos, se construyó a semejanza de la del ídolo deportivo.

El ídolo como aspiracional

El ídolo es un igual, es del pueblo, alguien con quien todos se identifican pero que a la vez deifican, es el líder que habla por aquellos que no tienen la posibilidad de hacerse escuchar. Porque si bien es como todos los demás, es distinto, como el Comeuñas: tiene un talento que lo hace destacar, es un habilidoso. “La pelota lo busca, lo reconoce, lo necesita”, recitaba Galeano en 1995. El ídolo es plebeyo y nacional, viene de un origen humilde y es un *“héroe civil que hace patria”*, como el padre Lorenzo. Perón llega a la presidencia posicionándose como ese ídolo popular en el que la gente veía a alguien en quien podían confiar, en quien podían sentirse representados como nunca antes: “la operación por medio de la cual Perón se proclama simple ciudadano lo convierte en héroe de la patria” (Verón y Sigal, 2014: 51). Pero veían también en él un aspiracional: la simbolización de todas esas nuevas posibilidades. “El campeón es excepcional porque en su origen no se esconde nada más que nuestro semejante, un individuo cualquiera que se singulariza al arrancarse a sí mismo de la masa de sus iguales, anónimos y uniformes. Se trata de llegar a ser precisamente un individuo, de encarnar la individualidad propia de las sociedades igualitarias” (Ehrenberg, 1992: 95).

Refiriéndose a Maradona, Rodríguez define al ídolo como “eje simbólico en donde todos pululan por confluir” (1996: 37). Villena Fiengo dice que los ídolos deportivos personifican a los héroes preexistentes de la mitología nacionalista, un

modelo idealizado del pueblo (2000: S/P). Watson Hutton era tan sólo un docente que llegó a la Argentina con vocación de servicio y deseos de iniciar una nueva vida, pero que gracias a su perseverancia y actitud inspiradora supo forjar una comunidad basada en ideales de amistad, sacrificio y alegría. El padre Lorenzo llegó a Almagro con la tarea de liderar las actividades de la parroquia pero reconoció en la falta de motivación y acompañamiento a los niños una misión mucho más importante, y encontró en el fútbol una herramienta efectiva para encararla.

“Podemos hablar de heroísmo democrático, es decir popular”, define Ehrenberg. “Un modelo de acción al alcance de todos, que todos pueden hacer suyo; así es como el deporte hace entrar el universo heroico en la era del consumo de masas” (1992: 96). De esta forma es como afirmamos que el ídolo peronista se constituye a la par que el ídolo deportivo, caracterizándose ambos por ser héroes positivos y románticos, en términos de Gené (2008: 65), que dan la cara por la Patria. “Amparado en la bandera argentina, (Perón) significaba el fin del pasado oligárquico y anunciaba el advenimiento de un nuevo orden, guiando al pueblo hacia el destino de grandeza” (Gené, 2008: 65).

La promesa

En *Pelota de Trapo*, el Comeuñas se aferra a su pasión por el fútbol para mantener vivo su sueño de salvar la economía familiar y declara frente al médico del club que él no puede entenderlo ya que no vivió las mismas carencias. Su plan para salir de la pobreza es llegar a ser un jugador profesional y así ganar mucha plata para que su madre pueda dejar de trabajar y su hermano pueda estudiar medicina (otro ejemplo de ambición propio de la época, aspiracional de las clases trabajadoras). El Comeuñas evidencia desde niño un perfil de líder nato, asumiendo la responsabilidad de intentar reparar la situación de necesidad de su familia y convenciéndose de que empeñarse por hacer una carrera en el fútbol será su mejor posibilidad de lograrlo – “el sueño del pibe” es “el sueño del pobre”, como compara atinadamente Rodríguez (1996). A lo largo de los años nunca pierde de vista su objetivo, incluso cuando su salud está en riesgo: “*tengo que jugar bien para poder darles a los míos lo que tanto merecen y nunca tuvieron*”. Ehrenberg define esta dinámica como “una suerte de auténtica epopeya del hombre ordinario que se estructura en torno a una moral de lucha, de trabajo y de justicia” (1992: 94). El descamisado, término utilizado inicialmente por los antiperonistas en forma despectiva para referirse a las clases trabajadoras y simpatizantes de Perón pero luego apropiado por los el mismo movimiento, deviene con el tiempo en “ícono del

triunfo popular y en una de las imágenes más poderosas de la Argentina contemporánea” (Gené, 2008: 65).

Sazbón y Frydenberg analizan lo que llaman elementos novedosos del deporte en la modernidad y sostienen que la popularización del fútbol en nuestro país “hizo perceptible una modificación en el sistema de valores: así, el fair play pasa a ocupar un rango menor mientras que por ejemplo el éxito emerge como bien supremo” (2011: 18). El peronismo llega al gobierno prometiendo voz y voto a los trabajadores, vacaciones, acceso, afirmando que la ponderación del éxito – tanto en el deporte como en la vida cotidiana – será “fruto de la combinación del talento y el uso racional de los medios para la obtención de un fin” (Sazbón y Frydenberg, 2011: 12). Y lo denominamos promesa ya que ese éxito estaría, teóricamente, al alcance de todos. “Para que el deportista se haya convertido en el estereotipo del héroe popular ha sido necesario que su imagen cristalizase en una historia que todos puedan contarse, una forma de acción a la que cualquiera se podría referir; la epopeya ideal del hombre ordinario y anónimo” (Ehrenberg, 1992: 97).

Plebeyismo y ciudadanía

La mentada promesa de ascenso durante el peronismo vino de la mano de lo que muchos denominaron un fenómeno de plebeyización de la cultura. La Real Academia Española llama plebeyo a quien pertenece a la plebe, a la clase más baja, pero no en relación a su capacidad económica sino a su idoneidad cultural. Lo que sucedió durante el peronismo puede explicarse como la apropiación y aceptación generalizada por parte de las clases medias (burguesas) de prácticas y costumbres tradicionalmente plebeyas. Y es que, en palabras de Rodríguez, “engendrar nacionalismos supone la necesidad de incorporar a los aparatos de la modernidad a los sectores populares no solo como mano de obra sino también como protagonistas culturales y políticos” (1996: 136). Podríamos asegurar que dicho proceso de plebeyización de la cultura constituyó una de las principales condiciones de producción del discurso peronista de cara al pueblo argentino y al mundo.

“El deporte, en general, y el fútbol, en particular, son una parte preponderante de la tradición argentina y su análisis sirve para entender algunos procesos de la sociedad civil y la redefinición de la relaciones entre el Estado y la sociedad en aquellos años” (Rein, 2015: S/P). Es esa dimensión popular la que distingue particularmente al fútbol en nuestro país. A pesar de que en sus orígenes haya sido impuesto por las clases dominantes con el fin de construir una identidad nacional que las reflejara, Torres postula que las clases subalternas no sólo lo

adoptaron sino que “lo imbuyeron de sus propios hábitos y valores para conformar un deporte con ideario diferenciado” (citado por Fernández Moores, 2010: 16). En línea con la hipótesis de Frydenberg que propone una superposición – no casual – de la popularización del fútbol con la consolidación de una cultura popular en nuestro país, para Archetti (1984) el fútbol aparece como una arena pública, como vehículo de cultura. En las películas nos encontramos con distintos escenarios y un denominador común para todas las situaciones: el fútbol como una arena dramática por excelencia (Alabarces, 2008). Hubo una época en el país, apenas comenzado el siglo XX, en que los sectores populares fundaron numerosos clubes de fútbol, promoviendo la inscripción masiva a fin de ensanchar su base social. Esto permitió que los nuevos barrios emergentes conformaran sus propios ámbitos de sociabilidad (Di Giano, 2002: S/P) y que, de alguna manera, se futbolizara nuestra cultura. Nacieron así instituciones forjadoras de identidad y de sentido de pertenencia – elementos que, como dijimos, fueron clave en la definición de políticas culturales, años después, durante el peronismo.

Torres sostiene que “reproduciendo el proceso que se daba a nivel internacional, la identidad deportiva de las clases subalternas surge de la oposición respecto al *otro*”, (citado por Fernández Moores, 2010: 16). Retomando a Hargreaves (1986), podemos afirmar entonces que el deporte cumple un rol fundamental para la inserción de las clases trabajadoras en el orden social establecido, otorgándoles entidad ciudadana y derechos. El fútbol posee un carácter popular que lo define como un ritual con el que el hinchista se relaciona de una manera no racional, diría Alabarces; como una emoción lúdica (Dunning y Elías, 1992), constructora de identidades y representaciones. “El ritual, como la fiesta, brinda una posibilidad de focalización, coloca un foco sobre un aspecto de la realidad para transformar su significado cotidiano y darle un nuevo significado” (Alabarces, 1996, 81). Es así como el fútbol comenzó a aparecer predominantemente en las representaciones culturales y como instrumento de comunicación social particularmente efectivo, reforzando la hipótesis de Archetti que postula que una lectura de la sociedad a partir del mundo simbólico del fútbol puede ilustrar algunos de los aspectos centrales de su cultura y del ethos nacional (1984).

“En el fútbol como ceremonia se experimenta la victoria que no abunda en el tiempo de la mercancía; en el fútbol la gambeta, la locura, permite vencer al poderoso, humillar al opresor. (...) el caño entre los argentinos, el sombrero entre los brasileños (...) el juego al borde de la cornisa de la vida por donde finalmente ambos se desbarrancaron” (Alabarces, 1996: 31). El mencionado fenómeno de plebeyización propiciado por el peronismo se evidencia con mucha claridad en el

universo de los deportes populares, y particularmente en el fútbol por la particular conexión emocional que genera con el público. De hecho, podríamos decir que el posicionamiento del deporte como uno de los principales pilares para la construcción simbólica del movimiento peronista resultó en la caracterización de Perón como el primer deportista (en clara referencia al título de primer trabajador). La popularización del fútbol y sus ídolos (pobres pero geniales) constituye sin dudas el mejor ejemplo de representación de lo subalterno. Así, el ascenso de los pobres no es sólo material sino, esencialmente, social. La cuestión de ciudadanía, que introduce James y retoma Orbuch, se refiere en realidad a una redefinición del concepto en términos de alcance y nuevas oportunidades para un sector social históricamente rezagado.

El pibe es pobre

Las carencias económicas y el hambre de gloria son factores constitutivos del pibe, símbolo de un estilo y determinantes de su éxito. Al explicarle al médico por qué no puede dejar de jugar a pesar de los riesgos que representa para su salud, el Comeuñas es contundente: *“usted no puede comprender porque nunca fue pibe de conventillo como yo y tuvo como único juguete una pelota de trapo”*. Los chicos del barrio de Almagro, vestidos con harapos sucios y gastados de estar todo el día jugando en la calle, se acercan por primera vez a la misa del domingo del padre Lorenzo con la promesa de recibir un chocolate caliente y más adelante deciden quedarse porque encuentran en el fútbol – y también en las clases – un espacio de contención que nunca habían tenido. Hablamos de acceso, de la posibilidad de ser escuchados, promesa en la que el movimiento peronista basa su doctrina, convocando hasta al último representante de las clases más humildes del país a unirse y ser parte del proyecto de la Nueva Argentina, enfrentándose a la vez a la política clásica y promulgando una nueva manera de hacer las cosas.

De entre los deportistas más populares de esa época, Gatica encarna los valores peronistas como nadie (Palma, 2013: S/P): su origen de pobreza y búsqueda permanente de ascenso, además de su apoyo manifiesto al gobierno de Perón, lo constituyen como un gran ídolo – a pesar de nunca haber sido campeón. “Señor... yo no hago política; soy peronista”, dijo alguna vez el Mono, remitiendo a la mencionada resistencia del movimiento a identificarse con la acción política, tradicionalmente hablando. Gatica nació en Constitución y tuvo que trabajar de canillita desde muy chico, pero al empezar a tener éxito en el boxeo no se olvidó de sus amigos y los ayudó siempre que pudo, ya sea con zapatos o trajes nuevos o

incluso con el alquiler de una habitación privada en un hospital para la madre de un amigo en convalecencia. El Mono era atrevido y desfachatado, pero también puro y generoso. Todos estos rasgos, sumados a su estilo de boxeo tan particular y agresivo, similar al del pibe en el fútbol, permiten en términos de Palma “una (re) valorización plebeya del ídolo” (2013: S/P).

El Comeuñas es sin dudas un ídolo plebeyo que aspira a una vida mejor contando con su talento como único capital porque sabe que es posible. Su hermano será un gran médico porque es el que estudia, el que posee la convicción; él sólo posee su habilidad con la pelota. Don Américo es quien convence a su madre de que el fútbol puede constituir una carrera remunerada y una alternativa viable a aprender un oficio: *“hay pibes que se hacen su porvenir en el colegio o en los libros, pero del potrero salen cracks”*. En *El Hincha* el factor económico también está constantemente presente. Cuando la Comisión Directiva decide incluir a Suárez en el equipo de primera y el Ñato y los muchachos van a su casa a darle la buena noticia, pese a la alegría, el ídolo se preocupa por cómo va a mantener su hogar sin trabajar, a lo que los amigos proponen aportar un poco de plata cada uno con tal de que él pueda entrenarse y salvar al Victoria del descenso. Tiempo después, una vez que Suárez ya es famoso y rico, tienen que operar de apendicitis a la madre del Ñato, por lo que recurre al ídolo para pedirle un préstamo. Frente a la negativa de la novia de Suárez, el Ñato decide vender a muy bajo precio el terreno en el que pensaba construir su casa algún día para financiar los gastos médicos – obviamente de una clínica privada, signo indudable de calidad (Alabarces, 1996: 187). Reconocemos aquí la representación del juego como una posibilidad azarosa de escape o salvación, como “un cambio de vida repentino” (Alabarces, 1996: 189). *“Ya no es un pobre diablo, es un crack”*, comenta el Ñato con su hermana, subiéndolo al altar de los dioses. Pero también se muestran los efectos negativos del ascenso social, la posibilidad de que el cambio de status altere las prioridades (retomando la dicotomía pobre vs. rico). Al firmar contrato con el Atlántico por un pase de \$100.000, Suárez se compra un departamento y un auto, es seducido por una mujer traicionera y manipuladora y deja a su novia de antaño, tentado a vivir una nueva vida de lujos y excesos. En el caso del Comeuñas, la situación se da a la inversa ya que al alcanzar el éxito se da cuenta de que obtener todo lo que siempre había soñado lo había alejado de lo que en realidad más quería: su barrio, su familia, su novia. En *El Hijo del Crack* se evidencia que Balazo tiene deudas que pagar y que eso es algo que lo preocupa, llegando en un momento a aceptar que Marito se vaya a vivir con la madre y el abuelo para poder tener un pasar mejor. “El campeón es

una ficción, pero una ficción realista: no representa ninguna realidad, pero encarna toda la condición humana” (Ehrenberg, 1992: 94).

El héroe deportivo moderno posee entonces un rasgo particular que lo posiciona como referente: la pobreza como punto de partida. “Cuanto más baja es la condición social y cultural de origen, mayor es su capacidad de ser representativo como héroe”, observa Dini (citado por Rodríguez, 1996: 50). *El Cura Lorenzo* cuenta cómo el nuevo sacerdote del barrio de Almagro utilizó al fútbol como excusa para congraciarse con los chicos, transformándolos en hinchas y de paso acercándolos a las actividades de la parroquia, sacándolos de la calle e incluso convenciéndolos de retomar sus estudios. Ni el cura ni los niños o sus familias tienen dinero, pero descubrirán que no era eso lo que necesitaban para salir adelante. *Pelota de Trapo* es la historia de un gran ídolo que desde chico sabe cuál es su destino y está decidido a alcanzarlo, aún después de ser diagnosticado con una afección cardíaca que supuestamente le impediría seguir jugando al fútbol. El Comeuñas es el crack del potrero del barrio que llega a jugar en primera y sale campeón con la Selección Nacional, cumpliendo su sueño de sacar a su familia de la pobreza – y reivindicando a su vez el recuerdo de su amigo muerto durante la infancia – gracias al apoyo incondicional de sus amigos del barrio y de don Américo, un ex ídolo del fútbol local que reconoce su potencial ya desde niño y lo estimula a aspirar a una carrera profesional. El Comeuñas es uno más del potrero, uno más que sueña con salvarse. Triunfar y redimirse gracias al fútbol constituye el mito más grande al que el peronismo supo asociar la promesa de ascenso social. El Ñato canaliza sus ambiciones a través de Suárez, un ídolo que es igual a él. Suárez es un tipo como cualquier otro, con el que cualquiera se vería reflejado, incluso el Ñato (y de hecho, trabajan en el mismo taller). Son en realidad idénticos, salvo por un detalle importante: esa capacidad de hacer arte con la pelota, don reservado para algunos pocos, pero que motiva a creer que se puede.

Moral peronista: el valor del sacrificio

Suárez, Balazo y el Comeuñas: los tres son ídolos limpios, de a los que con una muestra de talento les alcanza y no necesitan quebrar las reglas para romper el molde. Watson Hutton y el padre Lorenzo, en otro plano, se posicionan igualmente como líderes honestos y naturales. Al igual que Perón, son referentes en quienes cualquiera puede verse reflejado. Ninguno de ellos necesita de engaños (asociados – despectivamente – a los políticos de perfil tradicional) para que se identifiquen con ellos, sino que son campeones sin trampas, como lo fue Fangio durante el

peronismo: “un héroe que no sólo expresaba ideales de movilidad social, igualdad de oportunidades e integración social, sino que era, además, capaz de vencer a los mejores pilotos europeos” (Archetti, 2001: 88). “La identificación de un típico pibe en la construcción cultural del fútbol tiene el poder de la evocación”, dice el mismo autor en otro trabajo (1998), recordándonos que en todos los casos los ídolos ascienden gracias al esfuerzo.

El fútbol y la gente de barrio, los plebeyos, comienzan a ser por esos años indistintamente asociados a los valores de moralidad y solidaridad. El discurso político del peronismo articula en su narrativa a un pueblo noble, esencialmente bueno, incluso más allá de la esfera deportiva (Conde, 2005). A un pueblo que se identifica con Perón y con el movimiento a través de la emocionalidad, de la pasión – elementos que, como ya mencionamos, son parte fundamental de la construcción simbólica del líder peronista. El abuelo y la madre de Marito – claros representantes de la clase alta u oligarquía – manifiestan en varias oportunidades su desprecio por el fútbol y la pasión irracional que genera: “[el padre] le enseñó a odiarte infiltrándole desde niño el veneno del fútbol”, afirma el abuelo. Durante una discusión, Balazo le responde: “lo que mi hijo ha aprendido en las calles y en la cancha de fútbol le ha dado un corazón que ya quisiera tenerlo usted”, estableciendo la oposición pobre/bueno vs. rico/malo. Sin embargo, Marito, desde su inocencia y fanatismo incondicional, defiende al crack frente a otro niño que lo cuestiona apelando al mismo argumento: “¿Vos te crees que cualquiera puede jugar? Para jugar al fútbol hay que tener un corazón grande así” – reafirmando sus dichos con gestos grandilocuentes con sus manos. Veremos aparecer al par antagónico pobreza/riqueza en otras oportunidades, casi siempre asociado a otros opuestos, (como libertad/prisión, por ejemplo, cuando Marito se va a vivir con su madre y ella lo envía a un colegio privado en donde se pasa el día encerrado y no puede salir a la calle jugar al fútbol con sus amigos). La diferenciación también se construye a través de recursos no discursivos, como la musicalización o iluminación. En *El Hijo del Crack* vemos a los ambientes de los ricos (la casa del abuelo de Marito, la escuela) siempre bien iluminados y acompañados de música festiva o clásica, resaltando elementos estereotípicos del contexto socio-económico alto (gran mansión, mayordomo con uniforme, piano, obras de arte en las paredes, etc.). En contraposición, las escenas en el barrio son alimentadas por una sonoridad más melancólica y luz tenue (o incluso casi completa oscuridad). En *Pelota de Trapo*, el sueño del crack siempre fue comprarle a su madre una casa nueva, blanca y luminosa.

Otra referencia de moralidad de barrio asociada directamente a los pobres y humildes aparece vinculada a la delincuencia. En la película del padre Lorenzo, quien llega a Almagro para introducir a grandes y chicos a una pasión que los alejará de sus inclinaciones delictivas: el fútbol, pasión de multitudes. En *El Hijo del Crack*, Balazo apela en un momento de desesperación a unos hombres que aparentan ser parte de una agrupación mafiosa, pero luego se arrepiente y termina refugiándose en el fútbol, su verdadera vocación y destino, y lo que lo salvará y convertirá definitivamente en ídolo.

El potrero del mundo

“El segundo gol (de Maradona) contra Inglaterra en el Mundial de 1986 en México es un ejemplo de la confluencia entre potrero, o sea libertad para crear, y atrevimiento, la condición de pibe”, sintetiza Archetti (2001: 39). Son varios los autores que coinciden en postular a Borocotó, “en tanto cronista libérrimo de la infancia pobre y marginal” (Sasturain, 2005: S/P), como el principal responsable de la leyenda del potrero o baldío entendido como “espacio forjador de un tipo de futbolista atorrante, lírico e imprevisible, propio de estas latitudes” (2005: S/P) – el *pibe*. El potrero es todos esos espacios vacíos del barrio, desplazados o abandonados, donde los chicos se juntan espontáneamente a improvisar un partido de fútbol – escena que podemos ver en casi todas las películas analizadas. Y es que el potrero es parte de la idiosincrasia del barrio pobre e incluye todos los elementos del estereotipo: la falta de recursos, las madres sufrientes y trabajadoras y los vecinos de clase media-alta que se quejan de los ruidos. En *Pelota de Trapo*, el potrero es el escenario principal ya que es donde comienza la historia, con el Comeuñas soñando con ser algún día jugador de primera, y donde termina, cuando se reencuentra con su novia Blanquita tras retirarse definitivamente del deporte profesional. El potrero es su hogar, su lugar de pertenencia y el de su barra de amigos, el *Sacachispa Fobal Clu*. Es también el semillero del futuro crack, como vemos cuando don Américo afirma convencido frente a la mamá del Comeuñas que “ese baldío va a hacer famoso a su hijo”, o en *El Hinchita* cuando el Ñato pasa frente al potrero del barrio y descubre casi sin querer a Cardozo, quien anticipamos será su próximo gran ídolo. El potrero es, en *El Cura Lorenzo*, la salvación de los niños del barrio; un lugar seguro que los aleja de las calles, las malas influencias y hasta del delito.

El potrero cambia su semantización rural por una típicamente urbana, dirá Alabarces: “un lugar para jugar al fútbol” (1996: 27). En términos de Archetti, el

potrero es un territorio liminal para el pibe tal como la pampa lo fue para el gaucho, dándole libertad tanto de hacer como de soñar. “El pibe está en un territorio mítico que dota de poderes especiales a quienes lo pueblan”, afirma; “ser ciudadano del baldío es ser un hombre libre en un mundo de iguales” (1998: S/P). Y es que en el deporte, la competencia sólo se concibe y efectiviza “si se da por supuesto que los hombres son iguales” (Ehrenberg, 1992: 96). Siguiendo la definición de Archetti, el potrero se constituye entonces como otro de los principales relatos que alimentan el marco simbólico que sostiene al imaginario futbolístico argentino y contribuyen a la construcción de identidad, especialmente durante el ya mencionado proceso de plebeyización de la cultura que tuvo lugar durante el peronismo.

Además de lugar de encuentro el potrero es a su vez un ámbito de aprendizaje, tal como lo concibe Balazo cuando defiende “*el buen corazón*” que le ha dado la escuela de la calle a su hijo Marito. “En el potrero no entran los maestros (...) lo que se aprendió en el potrero no se puede aprender en otros espacios e instituciones. En la vida del potrero se aprende a improvisar y a ser libre”, afirma Archetti (1998: S/P). Watson Hutton hace amigos y enemigos casi desde su llegada al país gracias a su ferviente convicción del potencial del fútbol como instrumento de enseñanza para los niños; de transmisor de valores positivos, de un sentido moral y cívico que contribuya a su formación integral como personas de bien y felices. El padre Lorenzo está también convencido de que el fútbol logrará alejar a los chicos de los vicios y de las tardes andando a la deriva, enseñándoles no sólo una forma de ejercicio y de entretenimiento sino también dándoles un sentido de pertenencia, de responsabilidad. Esto también implica ascenso social y oportunidades: la posibilidad de aprender y de salir adelante. Volviendo a referirse al pibe, Archetti sostiene que “sin ningún tipo de enseñanza, es el inventor del estilo criollo en el potrero” (1998: S/P), el cual podríamos definir como la capacidad de superar situaciones difíciles mediante recursos inesperados.

Es evidente que la promesa de ascenso social aparece en este análisis indisoluble de la cuestión de la lealtad identitaria. A su vez, se ve atravesada por otros relatos complementarios como la pobreza y moralidad propias de los segmentos plebeyos, estos últimos directamente asociados al folklore del fútbol y a las figuras del pibe como ídolo popular y del potrero como lugar de pertenencia. De esta forma la posibilidad de acceso y crecimiento se constituyó como otro de los ejes centrales del discurso peronista, reflejándose claramente en el fútbol como la manifestación de una realidad que ahora parecía mucho más alcanzable.

Conclusiones

¿Sirven los estudios de comunicación para analizar los sentimientos y las pasiones? En el año 2005 entré por primera vez en la facultad de Ciencias Sociales de la UBA con expectativas difusas y muchas preguntas, pero con el correr de los años fue incrementando mi entusiasmo a medida que entendí que la dimensión comunicacional cruza absolutamente todo lo que hacemos, decimos y sentimos – desde las pequeñas acciones individuales diarias hasta las grandes manifestaciones históricas y masivas. Galeano habla de la melancolía del fin del partido, equiparándolo con la sensación del ocaso de un gran amor. En sintonía con la poesía del uruguayo, me atrevería a afirmar que al revisar la relación entre el peronismo y el fútbol desde una perspectiva comunicacional aparecieron muchas posibles explicaciones para esa emoción tan palpable como irracional que llamamos pasión.

Esta investigación nació con la premisa de replantear las vías tradicionales de puesta en discusión de la problemática de lo popular, deteniéndonos en los momentos del surgimiento de la narrativa peronista para identificar las construcciones de sentido que circularon alrededor de ella. Para esto decidimos enfocarnos en un análisis muy particular del fútbol basado en películas de la época, reconociendo a través de tres ejes articuladores la puesta en marcha de un proceso que interpeló directamente al pueblo en términos de expectativas, imaginaciones y realidad.

El eje corporal

El primero de los pilares tiene que ver con el cuerpo y el rol que cumplieron las nuevas prácticas culturales y de clase asociadas a él. Durante este análisis pudimos establecer que el atributo físico se ubicó como el primer protagonista del espectáculo deportivo, conectando lo que se llamó la educación de los cuerpos con el sacrificio corporal usualmente ligado a la práctica profesional del fútbol.

Por otro lado, el cuerpo del ídolo se asocia directamente a rasgos como la habilidad y el atrevimiento, adosando valores éticos y de merecimiento al liderazgo que nace de una cualidad física. El ídolo es el primero en dar todo por el club, por la causa común, y la hinchada por su parte vive la experiencia desde su propia corporalidad – constituyéndose en un colectivo identitario en sí mismo. Forzando un paralelismo, la ritualidad de los hinchas en la cancha puede verse reflejada en la presencia del pueblo en las calles y plazas de la ciudad: entre la abstracción de las

masas, podemos identificar particularidades de una clase trabajadora única en el mundo. La exacerbación de los cuerpos en este colectivo, carnavalizados (en el modo en que Bajtín estudia al Renacimiento) y ligados indefectiblemente a un sentido comunitario, nos lleva a reconocer una moralidad propia del deporte y del cuerpo deportista como otro de los estándares sociales surgidos en esos años.

La lealtad y la identidad

¿Cómo se vincula ese nuevo paradigma de corporalidad con conceptos eminentemente políticos como la lealtad y la promesa de ascenso? Esos cuerpos peronistas reflejan la irrupción de lo popular en el plano social, dando lugar a un movimiento que comienza a posicionarse como ideología. *“En este espacio sagrado, la única religión que no tiene ateos exhibe sus divinidades”*, escribe nuevamente Galeano refiriéndose al fútbol – aunque bien podría reinterpretarse en el marco del peronismo.

Apuntamos entonces a entender de qué manera se reconoce la exacerbación de los valores de lealtad y compromiso en el proceso de construcción de una identidad específicamente peronista y popular. Y para ello partimos directamente de lo que muchos definieron como el nacimiento simbólico del movimiento: el 17 de octubre de 1945, el Día de la Lealtad. En este punto entendimos que en el contexto de un proyecto paternalista como el que estamos analizando, los factores como el orgullo y la dignidad son esenciales al momento de construir identidad. Y esto deviene en incondicionalidad con quien pone de manifiesto esos valores – así como sucede en la relación simbiótica entre ídolo e hinchas, donde uno sin el otro no es nada. Lealtad e identidad son entonces términos que se complementan y definen mutuamente.

Aceptando que el peronismo erigió al fútbol como espacio articulador de la epicidad nacional-popular, en términos de Rodríguez, observamos cómo el pueblo se hizo eco de una causa común así como los hinchas de las películas analizadas se reconocían a sí mismos como el jugador N° 12. Es porque se sienten, en todos los casos, parte de un mismo equipo.

Otro elemento clave en el proceso de constitución identitaria del pueblo peronista alrededor del eje de fidelidad se asocia directamente al antagonismo entre pobres y ricos – dualidad que luego veremos se interpreta incluso en términos morales. En una entrevista realizada en 2013 para la publicación de la HAHR (Hispanic American Historical Review) por Nicolás Quiroga, Karush dijo que en lugar de un mito nacional, la cultura de masas durante el peronismo sustanció el

melodrama como espacio de significación de los resentimientos, anhelos e ideas de las clases subalternas, generando “imágenes y narrativas polarizantes” (Karush, 2013: 19). Así, los representantes las clases bajas y trabajadoras evidencian, por lo que vemos en todas las películas analizadas, rasgos de lealtad (y bondad, análogamente) que se oponen a la actitud poco comprometida y hasta mezquina de la oligarquía que tanto desprecia a las masas.

Retomando por otro lado la cuestión ritual que se reconoce en las puestas en escena colectivas de los cuerpos – ya sea en el bar, en el potrero o en la cena familiar, podemos reconocer al elemento comunitario y nacionalista como otro componente originario de la identidad. El barrio concentra valores y el terreno baldío forja pertenencia. El fútbol aparece como discurso unificador y hasta como filosofía de vida, promoviendo ciertas aspiraciones y confirmando el dilema “patria o muerte” como consigna irrevocable.

Nueva ciudadanía

El tercer y último eje que identificamos tiene que ver con la pronunciación de nuevas posibilidades de acceso para las clases trabajadoras, y lo encaramos preguntándonos cómo se interpreta en relación al sentido identitario promovido por el peronismo desde la lealtad y la corporalidad.

La ilusión de ascenso representó no sólo oportunidades de crecimiento económico, sino más que nada inclusión. La cuestión no pasaba por visibilizar al pueblo sino por darle entidad. James lo plantea como una redefinición de la ciudadanía, proceso que asigna valores específicos a la cultura plebeya y garantiza un nuevo derecho aspiracional. Otorgarles ciudadanía implicó la incorporación de dicha cultura a los estándares del momento, una aceptación generalizada por parte de las clases medias (burguesas) de nuevas prácticas y costumbres – dando preponderancia a la dimensión popular.

Coincidimos con Archetti en que el fútbol es decididamente vehículo de cultura. Vemos entonces que ese ideal al que las clases populares aspiran se personifica en el rol del ídolo que es, como el líder político, un héroe civil. Surgido del mismo origen humilde del pueblo, es un igual con el cual cualquiera puede identificarse pero que posee un plus de atrevimiento, de entrega (y por qué no, de talento). Esta epopeya del ídolo se sostiene en una responsabilidad frente a la situación de carencia, para la cual ahora parece haber una salida – pero a la cual se llega sólo con sacrificio. En la cancha, el desafío es ganarle al rival; en la vida, ganarle al hambre. La pobreza originaria pasa a ser un factor diferenciador y rasgo

identitario, en una especie de entronización del pobre que lucha y alcanza el éxito. Triunfar y salvarse gracias al fútbol constituye el mito más grande alrededor de la promesa de ascenso social postulada por el peronismo.

Acá vuelve a cobrar peso la rivalidad entre pobres y ricos, anclándose en el folklore deportivo que reconoce siempre un enemigo aventajado contra quien jugar y alentar. Esto da forma a una especie de moral peronista, que ligada a la cuestión corporal que ya mencionamos, propone que ser pobre nos hace necesariamente buenos, ya que los ricos no pueden entender lo que implica el sacrificio o la pasión.

Comentarios finales

Hasta acá, intentamos articular los elementos y tensiones identificados durante el análisis en conclusiones que buscan dar cuenta de la particular estrategia de comunicación e impacto del fenómeno del peronismo a través del fútbol – la cual derivó en la conformación de una narrativa única e irrepetible.

Retomando la hipótesis inicial que reconocía una complejidad adicional al simple objetivo de adoctrinamiento, podemos confirmar que el movimiento peronista tuvo éxito al propiciar el nacimiento de una identidad cultural propia de las clases populares, llevando las políticas públicas deportivas mucho más allá del plano meramente propagandístico y construyendo una verdadera base identitaria que supo ser parte fundamental de los argentinos hasta la actualidad y no se volvió a dar en ningún otro contexto histórico o político. Una verdadera pasión de multitudes.

Bibliografía

- Alabarces, Pablo (2008) – “Fútbol y Patria”, Prometeo Libros
- Alabarces, Pablo; Di Giano, Roberto; Frydenberg, Julio (compiladores, 1988) – “Fútbol y Academia: recorrido de un desencuentro”, Deporte y Sociedad, Buenos Aires, Eudeba
- Alabarces, Pablo; Rodríguez, María Graciela (1996) – “Cuestión de Pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura”, Buenos Aires, Atuel
- Alabarces, Pablo; Garriga Zucal, José; Moreira, María Verónica (2008) – “El “aguante” y las hinchadas argentinas: una relación violenta”, Horizontes Antropológicos, Porto Alegre, v.14, n.30, p. 113-136
- Archetti, Eduardo (1984) – “Fútbol y Ethos”, FLACSO
- Archetti, Eduardo (1998) – “El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino”, Nueva Sociedad N° 154
- Archetti, Eduardo (2001) – “El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino”, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires
- Bajtín, Mijail (1987) – “La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento”, Alianza Universidad, 1ra. Edición
- Bauso, Matías (2018) – “El deporte en el cine: grandes partidos, jugadores y atletas de la pantalla”, Ediciones Paidós
- Bayer, Osvaldo (1990) – “Agnósticos y creyentes, proletarios y bacanes”, www.efdeportes.com, Buenos Aires
- Borocotó, Eduardo Lorenzo (1928) – Columna en revista El Gráfico N° 480
- Bourdieu, Pierre (1988) – “El espacio social y sus transformaciones”, La distinción. Criterios y bases sociales del gusto, Madrid, Ed. Taurus
- Calonge Cole, Sary (2006) – “La representación mediática: teoría y método”, Psic. da Ed., São Paulo
- Chion, Michel (1993) – “La audiovisión. Introducción a un análisis conjunto de la imagen y el sonido”, Paidós Comunicación N°53
- Conde, Mariana (2005) – “La invención del hincha en la prensa periódica”, en Hinchadas, Prometeo Libros, Buenos Aires
- De Certeau, Michel (1995) – “La toma de la palabra y otros escritos políticos”, compilación de escritos por Luce Giard en Ed. Historia y Grafía, Universidad Iberoamericana, México
- de Miguel, Armando (2007) – “El incierto origen de las palabras”, <https://www.libertaddigital.com/opinion/amando-de-miguel/el-incierto-origen-de-las-palabras-36985/>

- Di Giano, Roberto (1999) – “Peronismo y fútbol. El triunfo sobre Inglaterra en 1953”, www.efdeportes.com, Buenos Aires
- Di Giano (2002) – “El fenómeno inmigratorio y el fútbol”, www.efdeportes.com, Buenos Aires
- Ehrenberg, Alain (1992) – “Estadios sin dioses”, Revista de Occidente, Nro 134-135. Págs. 93-110
- Elias, Norvert; Dunning, Eric (1992) – “Deporte y ocio en el proceso de la civilización”, Fondo de la Cultura Económica, México
- Fernández Moores (2010) – “Breve historia del deporte argentino”, Editorial El Ateneo
- Foucault, Michel (1970) – “El orden del discurso”, traducción de Alberto González Troyano, Ed. Tusquets, Buenos Aires, 1992
- Frydenberg, Julio (1999) – “Espacio urbano y práctica del fútbol, Buenos Aires 1900-1915”, www.efdeportes.com, Buenos Aires
- Galak, Eduardo; Orbuch, Iván (2015) – “La educación de los cuerpos “peronistas”. Un estudio a través de la prensa local de la zona metropolitana sur”, Historia de la Educación, Anuario (Argentina) vol. 16, nº 2
- Galak, Eduardo; Orbuch, Iván (2017) – “Cine, educación y cine educativo en el primer peronismo. El caso del Departamento de Radioenseñanza y Cinematografía Escolar”, Cine Documental Número 16
- Galak, Eduardo; Serra, María Silvia (2017) – “Formando una “Escuela de Campeones”. Deporte, moralidad, pedagogía y estética peronista”, Eventos Académicos, 39 ISCHE. Educación y emancipación
- Galeano, Eduardo (1995) – “El fútbol a sol y a sombra”, Siglo Veintiuno Editores
- Gené, Marcela (2005) – “Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo 1946-1955”, FCE - Universidad San Andrés, Buenos Aires
- Gil, Gastón Julián (2002) – “Autobiografía etnográfica y memoria mediática: dos recursos para comprender las identidades deportivas”, Etnia Digital, Museo Etnográfico Municipal Dámaso Arce, Instituto de Investigaciones Antropológicas Olavarría, Provincia de Buenos Aires
- Grimson, Alejandro (2000) – “Interculturalidad y comunicación”, Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación, Grupo Editorial Norma
- Hall, Stuart (1996) – “Introducción: ¿quién necesita identidad?”, en Cuestiones de identidad cultural, Amorrortu Editores
- Hargreaves, John (1986) – “Sport, Power and Culture. A social and historical analysis of popular sports in Britain”, St. Martin's Press

- James, Daniel (2010) – “Resistencia e integración: El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976”, 2ª ed., Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores
- Karush, Matthew (2013) – “Cultura de Clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946), Ariel, Buenos Aires
- Kohen, Héctor (2005), “Algunas bodas y muchos funerales. Imagen cinematográfica e identidad en el período 1897-1919”, Cuadernos de Cine Argentino, Nro. 5, Buenos Aires
- Kriger, Clara (2009) – “Cine y peronismo”, Siglo Veintiuno Editores
- Laguarda, Paula (2006) – “Cine y estudios de género: imagen, representación e ideología. Notas para un abordaje crítico”, Revista de Estudios de la Mujer, La Aljaba
- Mafud, Julio (1986) – “Sociología del peronismo”, Distal, 3ra. Edición
- Massarino, Marcelo (2002) – “Por Perón y por la Patria. Un análisis del discurso peronista y deporte (1946-1955)”, www.efdeportes.com, Buenos Aires
- Mauri, Fabián (2017) – “Panzeri y la grieta”, Revista Un Caño: <http://revistauncanio.com.ar/el-tunel-del-tiempo/panzeri-y-la-grieta/>
- Mestman, Mariano; Varela, Mirta (compiladores, 2013) – “Masas, pueblo, multitud en cine y televisión”, Eudeba, Buenos Aires
- Metz, Christian (1970) – “El decir y lo dicho en el cine en ¿Hacia la decadencia de un cierto verosímil?”, en Lo Verosímil, Ed. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires
- Moreira, María Verónica (2001) – “Aguante y honor: la visión nativa”, www.efdeportes.com, Buenos Aires
- Moscovici, Serge (1981) – “On social representation”, Academic Press, Londres
- Orbuch, Iván (2017) – “El deporte como estrategia de posicionamiento regional durante el peronismo”, 12º Congreso Argentino y 7º Latinoamericano de Educación Física y Ciencias
- Palma, Javier (2013) – “El Yo, la máscara y la industria cultural. “Maravilla” Martínez o la construcción de un héroe”, Encuentro Panamericano de Comunicación, Córdoba, Argentina
- Panzeri, Dante (1974) – Columna en diario La Opinión, 31/03/74
- Plotkin, Mariano (1993) – “Rituales políticos, imagen y carisma: la celebración del 17 de octubre y el imaginario peronista 1945-1950”, Anuario de IEHS, VIII, Tandil, Buenos Aires

- Presman, Hugo (2010) – “Las patas en la fuente. El pueblo al poder”, Editorial Ediciones Instituto Superior Dr. Arturo Jauretche con prólogo de Norberto Galasso
- Quiroga, Nicolás (2013) – “Populismo y melodrama. Preguntas a Matthew Karush”,
- Entrevista en Hispanic American Historical Review, <http://hahr-online.com/populismo-y-melodrama-preguntas-a-matthew-karush/>
- Quiroga, Sergio (2000) – “Democracia, comunicación, cultura popular y deporte”,
- www.efdeportes.com, Buenos Aires
- Rein, Ranaan (2015) – “La Cancha Peronista”, UNSAM Edita
- Rodríguez, María Graciela (2003) – “Representaciones: el juego incompleto”, Ediciones Ciclo Básico Común, UBA, Buenos Aires
- Rodríguez, María Graciela; Conde, Mariana (2002) – “Intersectando prácticas y representaciones: mujeres en el fútbol argentino”, Documentos de Jóvenes Investigadores no. 1, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires
- Rueda Laffond, José Carlos; Chicharro Merayo, María del Mar (2004) – “La representación cinematográfica: una aproximación al análisis sociohistórico”, Ámbitos No. 11-12
- Sasturain, Juan (2005) – “El Padre”, Radar, Página 12 27/11/05: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-2654-2005-11-28.html>
- Sazbón, Daniel; Frydenberg, Julio (2011) – “Modernidad y deporte en América Latina, el caso argentino”, en Melo, V. y Taborda, M. (dir.), Sport, Educacao Physica e modernidade: um panorama da America Do Sul
- Sibaja, Rwany (2017) – “Omeka to ¡Animales!: Building a Digital Repository of Research on Argentine Soccer”, Journal of Sport History 44, no. 2
- Sibilia, Paula (2005) – “El hombre postorgánico”, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires
- Tranchini, Elina (2004) – “Hollywood y Eisenstein filman multitudes: representaciones cinematográficas de la conciencia social y la experiencia de clase”, Sociohistórica no. 15-16, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
- Verón, Eliseo (1993) – “La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad”, Editorial Gedisa, Barcelona

- Verón, Eliseo; Sigal, Silvia (2014) – “Perón o Muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista”, Eudeba 2da. Edición
- Villena Fiengo, Sergio (2000) – “Imaginando la nación a través del fútbol: el discurso de la prensa costarricense sobre la hazaña mundialista de Italia ‘90”, CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
- Vogel, Arno (1993) – "El momento feliz. Reflexiones sobre el fútbol y el ethos nacional", AA.VV: Fútbol y Cultura. Deporte, vida cotidiana, política y alienación, Buenos Aires: Ediciones Cursos Universitarios
- Zavala, Lauro (2010) – “El análisis cinematográfico y su diversidad metodológica”, Revista Casa del Tiempo N°30